

CULTURA HISPANO-AMERICANA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTE NOMBRE

Año II

Enero y Febrero 1913

Núm. 8

DON EMILIANO FIGUEROA LARRAIN

La representación diplomática que las Repúblicas latino-americanas tienen en Madrid cuenta con personalidades de gran altura intelectual que se bastan para abrillantar por sí solas los países de su naturaleza, esas naciones que comienzan á figurar con gran empuje y resplandor propio en el concierto de todos los Estados del mundo que van á la cabeza de la civilización y el progreso cultural de todas las razas humanas.

Manuel S. Pichardo, Icaza, Dominici, Deschamps, Wilde, Baldrich y otros que nuestra débil memoria no recuerda al correr de la pluma constituyen esa escogida pléyade á que aludimos.

Pues bien: una de las personalidades más relevantes de ese Cuerpo diplomático residente en Madrid es el ilustre representante de Chile, D. Emiliano Figueroa Larrain. Esto nada de extraño tiene, toda vez que el ministro plenipotenciario de la República chilena es también una de las personalidades más eminentes de su propio país.

Figueroa Larrain era hace algunos años vicepresidente de la República de Chile en ocasión en que, desempeñando tan elevado puesto, murió el jefe del Estado, don Pedro Monti. Este infausto acontecimiento llevó á la más alta magistratura de la Nación á Figueroa Larrain, quien, demostrando excepcionales aptitudes de gobernante y estadista, llenó con creces las grandes exigencias que tiene

el desempeño de la jefatura del Estado, donde no es suficiente poseer una cultura vasta solamente ni un carrteca decidido y enérgico, pero carente de una extensa y sólida ilustración, sino que es necesario que ambas cualidades, de suyo tan preciadísimas y tan difíciles de encontrar aunadas en un solo individuo, vayan juntas, avalorando así el conjunto del hombre á quien el consenso público llama á regir los destinos de un pueblo. Afortunadamente para Chile, ambas dotes, la del talento y la del carácter, van unidas en el Sr. Figueroa Larrain; así es que su gestión como presidente interino de la República fué de las más acertadas que pueden recordarse, dejando, por consiguiente, el ilustre hombre público de que hablamos gratísimo recuerdo entre todas las clases del pueblo chileno.

Anteriormente á la etapa presidencial del Sr. Figueroa Larrain, éste ya había sido ministro varias veces, especialmente de Instrucción Pública y Gracia y Justicia, que ambas ramas de la gobernación de un país forman un solo departamento ministerial en Chile.

Gran aficionado á los estudios pedagógicos y culturales, el Sr. Figueroa Larrain mostraba en el ejercicio de la vida política condiciones especiales para regir el departamento mencionado, y á él le llevaron, en efecto, sus compatriotas, en la seguridad de que su permanencia en Instrucción Pública sería grandemente provechosa para el desarrollo de la cultura chilena.

Actualmente, Chile es uno de los Estados más importantes de la América hispana, y lo es por su extensión territorial: 759.000 kilómetros cuadrados, ó sea una mitad más que España; por sus grandes riquezas naturales, por el acrecentamiento que su población va adquiriendo y, últimamente, por el alto nivel cultural que ha logrado, hasta el punto de que en la actualidad puede considerarse á la altura de los países más adelantados, especialmente de los del continente americano, entre los que ocupa preeminente lugar.

Chile, con la Argentina y el Brasil, forman ese triunvirato de naciones llamado el A B C, por ser esas tres letras la inicial de sus respectivos nombres, coalición política que flota en el ambiente de ideales, esperanzas y provisiones que sabiamente alientan esos grandes Estados, quizá llamados á influir decisivamente en los destinos de todo el continente americano, sirviendo de valladar infranqueable á las audacias é inmoderadas ambiciones del imperialismo yanqui.

En ese papel que al A B C latino-americano le toca desempeñar en el porvenir de la política, exclusivamente americana, ahora, y en el concierto mundial de intereses internacionales, después—que las grandes naciones hispano-americanas no dejarán de pesar en la balanza de política internacional de todos los países en tiempo no lejano—, le corresponderá brillante puesto á la diplomacia chilena, en la que se destaca con gran relieve Figueroa Larrain.

Nosotros, los que vemos la preponderancia que van adquiriendo las Repúblicas hispano-americanas con la misma satisfacción que pudiéramos ver el engrandecimiento que tomaran las regiones que aquí, en la Península, constituyen el solar patrio, nos felicitamos del desarrollo é importancia que va logrando Chile. Y no necesitamos encarecer cuánto nos place el gran prestigio de que en su país goza Figueroa Larrain, que tanto, tantísimo cariño guarda para esta España, que el distinguido diplomático chileno conoce tan hondamente, y que por eso, sin duda alguna, á más de por la atracción de los vínculos de sangre, que en todo hispano-americano suelen, por lo regular, hablar al alma, hace que se exprese como lo hizo en fecha memorable, á propósito del centenario de la Independencia de Chile, en magnífica oración que en parte vamos á reproducir, por ser uno de los testimonios más hermosos de afecto hacia España por parte de sus hijos de América.

Dijo así el Sr. Figueroa Larrain, entre otras elocuentes manifestaciones:

«El reconocimiento que debemos á todas las naciones que con igual gentileza nos han presentado sus votos de adhesión de sincera simpatía, no admite grados ni diferencias en la expresión de la gratitud nacional; pero hay, señores, antecedentes que obligan, vínculos de la raza y de la Historia que hablan, á veces, por sí solos con la elocuencia de la realidad; viejas y venerables tradiciones que no podríamos silenciar en esta ocasión sin renegar al mismo tiempo del nombre que llevamos y de la sangre que corre por nuestras venas. No obstante el hecho de su emancipación política, el pueblo de Chile ha conservado como timbre de orgullo el recuerdo histórico de su origen, y á pesar de los tiempos y de la inevitable transformación de los ideales humanos, guarda todavía el culto de la tradición, que constituye la fuerza y mantiene viva la unidad de la raza.

» Al separarnos de la Madre Patria no hicimos otra cosa que dar cumplimiento á esa ley providencial que rige los destinos de la familia humana. Quisimos ser libres, y llegamos á serlo, naturalmente, como el hijo que llega á la mayor edad y, sintiéndose con fuerzas para no ser á los suyos una carga pesada, levanta su tienda y emprende sólo la difícil jornada.

» Así lo ha comprendido con elevado criterio el Gobierno de Su Majestad Católica, fiel en esta como en todas ocasiones á los nobles y generosos instintos de la nación española. Y he aquí, señores, que en este día, de eterna recordación, las que fueron humildes y apartadas colonias rinden ahora á la Madre Patria el majestuoso homenaje de otras tantas Repúblicas que hoy viven, y prosperan, y dan testimonio de su fecundidad en el concierto universal de las naciones civilizadas.»

Y con esos hermosos párrafos precedentes, en cuyos conceptos resplandecen la profundidad de pensamiento y la

alteza de miras de su autor, concluimos esta ligera silueta del ilustre representante en nuestra patria de la República chilena, haciendo votos por que en todo cuanto de vida le reste, que natural es sea mucho dada su todavía vigorosa juventud, contribuya con su talento y sus prestigios á que el noble pueblo chileno continúe conservando «como timbre de orgullo el recuerdo histórico de su origen, y á pesar de los tiempos y de la inevitable transformación de los ideales humanos, siga guardando el culto de la tradición, que constituye la fuerza y mantiene viva la unidad de la raza», de esta gloriosa raza hispana que, resurgiendo á las grandezas de cultura y espíritu de justicia que allá por el siglo xv iniciara la sublime mujer que impulsó el descubrimiento de América, volverá á influir bienhechora y magnánima en los rumbos de la civilización universal á través de los siglos.

ROBERTO DE GALAIN.

LA REPÚBLICA DE CHILE

CONFERENCIAS DADAS EN EL CENTRO DE CULTURA HISPANO-AMERICANA POR DON ANTONIO BALBIN DE UNQUERA

(OJEADA GEOGRAFICA É HISTÓRICA)

En la escasez de nuestros recursos intelectuales y literarios, y á ruegos de un cariñoso amigo, nos proponemos contribuir á la obra de vulgarización y de patriotismo que ha emprendido el Centro de Cultura Hispano-Americana con algún óbolo, insignificante como nuestro, pero que llevará bien impreso el sello de tan cultísima Asociación, dando á conocer en conjunto lo que es la República chilena.

Al O. bañen su costa las ondas del Océano Pacífico, al N. Bolivia, al E. la Confederación argentina y al S. la Patagonia. Forma una faja de tierra cuyas fronteras, al N. y al E., han sido para muchos geógrafos dudosas. Algunas tribus indias pretenden ser independientes; pero en la relación general de las naciones no se les reconoce semejante derecho. Nada tiene de extraño que muchos coloquen el extremo de la parte meridional en el famoso estrecho de Magallanes. La extensión en longitud es de 1.850 kilómetros de N. á S. por 175; poco más ó menos, de E. á O., y la superficie, de 337.000 kilómetros cuadrados y de 265.000, exceptuando el territorio de los araucanos.

En la parte septentrional tiene montañas y valles, como los de Ovalle, Llapet y Coquimbo, privilegiados para la

agricultura y toda especie de industrias agrícolas. Al E. se extienden los gigantescos Andes con su imponente majestad, una de las cordilleras más notables é interesantes del globo terráqueo, con el volcán de montes Llullaillaco, el Descabezado, los Patos y otros. Hay entre los desfiladeros los notables de Come-Caballos, Uspallata, Doña Ana y Portillo-Peuquen. Los ríos, de rápida pendiente, son un elemento propicio para el cultivo: Bio-bío, Cachapoal, Maule, el Maipú y otros de menos importancia; el primero es navegable.

Quedan sorprendidos los viajeros al ver muchos puentes, que recuerdan las antiguas construcciones de esta clase, debidas á los Incas del Perú, y desde los cuales se siente la verdadera atracción del abismo.

Aunque sus estaciones son opuestas á las de Europa, ni el calor ni el frío, al menos en ciertas regiones, son extraordinarios. Afligen á los habitantes temblores de tierra, y no ha muchos años que adquirió funesta celebridad el de Valparaíso. Son notables entre los animales los llamados lamas, vózcachas, vicuñas, castores, el ratón azul, la ardilla y otros de categoría superior en la escala zoológica que al país llevaron los descubridores y conquistadores procedentes de nuestra patria. Obsérvanse olivos gigantescos (tres metros de circunferencia), y muchos arbustos y plantas aromáticas.

Fórmase la población de indios, de oriundos de españoles y raza mestiza. La emigración europea no favorece tanto á esta República como á su limitrofe la Argentina, lo que, sin duda, ha de atribuirse, más que á otras causas, á la dificultad de las comunicaciones, hasta que se llegue al deseado período de la conclusión de obras en el istmo de Panamá.

Son las principales industrias la minera y la agrícola. Son notables en el primer concepto las regiones de Coquimbo y Copiapó, y se benefician plata, cobre, hierro, lapizlázuli y carbón de piedra y oro en los territorios de Chillan,

Petoica y Copiapó. La falta de población influye necesariamente, y á pesar de los esfuerzos del Gobierno, en el escaso desarrollo de las industrias, produciendo aquella causa iguales perjuicios contra el progreso de los trabajos del campo. El sistema de beneficio agrícola es el de *haciendas*, tan generalizado en las antiguas posesiones españolas.

Exporta la República chilena cobre y plata, y las importaciones más notables son las de telas, muebles y maquinaria; de la Confederación argentina, ganados, atravesando la gran cordillera. Los Estados Unidos y la Gran Bretaña son preponderantes en los mercados. El Japón está llamado al mismo porvenir en tiempo acaso no muy lejano. Es notable la industria de curtidos, y una de las que ofrecen porvenir más halagüeño.

Las provincias, antes, eran las de Atacama, Aconcagua, Concepción, Coquimbo, Araúco, Chiloé, Colchagua, Llauquihué, Maule, Santiago, Valparaíso, Talca, Valdivia y Nuble. En Santiago hay un arzobispo, y obispos en Concepción, Coquimbo y Chiloé. Hay muchos montes de más de 5.000 metros de altura: Isluge, Olca, Ollagua; de 6.000, como Púlar y el Cerro del Juncal de Aconcagua, Mercenario y el Volcán de San José.

En la «cordillera de la costa», el más elevado es el de Salapor, con 1.816 metros.

La mayor mortalidad, según los más recientes datos estadísticos, es la producida por la viruela, que fué en 1883 de 1.721 varones y 1.467 mujeres; sigue la tisis, que fué en 1884 de 1.051 varones y 796 mujeres. El cólera apareció por vez primera en Chile, en 26 de Diciembre en 1886, en el caserío de Santa María (ciudad de San Felipe).

Los geógrafos del país dividen su territorio en cuatro zonas: primera, la mineral (Tacna, Tarapacá, Antofagasta y parte de Atacama); allí se encuentran considerables depósitos de guano y de salitre; segunda, la mineral y agrícola (una parte de Atacama, Copiapó, Coquimbo y Acon-

cagua); tercera zona, agrícola (Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Talca, Linares, Maule, Nuble, Concepción, Arauco, Cautín, Valdivia, Chiloé); cuarta zona, de montes y pesquerías (Guaytecas, Guayneco, estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego).

En la cordillera de la costa abunda el granito, y en los Andes, rocas plutónicas, traquíticas y volcánicas.

El territorio de Magallanes, según los últimos datos, tiene 195.000 kilómetros; 17.143 habitantes, según el censo de 1885, y tiene por capital á Punta Arenas.

La reciente división en provincias comprende las siguientes: Chiloé, con las ciudades de Ancud y Castro y la villa de Achao; Ancud cuenta 25.630 habitantes.—Llanquihua, con 28.342 habitantes, y las ciudades de Puerto Montt; Calbuco y Osorno.—Valdivia: capital del mismo nombre, con 85.300 habitantes, y la villa de La Unión.—Arauco, con los pueblos de Lebu, Cañete y Arauco; ésta con 22.072 habitantes.—Cautín, con la ciudad de Tenuco (16.111 habitantes) y Nueva Imperial.—Malleco: ciudades de Angol, Traiguén (34.010 habitantes) y Collipulli.—Bío-bío, con las ciudades de los Angeles (51.351 habitantes), Nacimiento y Mulchón.—Concepción (72.380 habitantes), Coronel, Talcaguano, Yumbel, Florida y Tomé.—Nuble, con las ciudades de Chillán (71.246 habitantes), Jungay, Bulnes y San Carlos.—Maule, con las ciudades de Cunquenes (30.073 habitantes), Quirihue y Constitución.—Linares, con la ciudad de igual nombre (52.136 habitantes) y las de Parral y San Javier de Loncomillo.—Talca, con la ciudad de su nombre (81.591 habitantes), y las de Curepto y Molina.—Curicó, con la ciudad de este nombre (56.729 habitantes), y la villa de Vicluquen.—Colchagua, con la ciudad de San Fernando (83.923 habitantes), y la de Rengo.—O'Higgins, con la ciudad de Rencagua (39.316 habitantes), y las villas de Penmo y Buin.—Santiago, con la ciudad de su nombre, capital de la República (403.773 habitantes), y además las de San Fernando

y Melipilla.—Valparaíso, con la capital (190.951 habitantes), Casa Blanca, Limache y Quillota.—Aconcagua, con la ciudad de San Felipe (29.312 habitantes, Santa Rosa, Pataendo, Ligua y Petorca.—Coquimbo, con la ciudad de Ovalle (59.328 habitantes), y las de la Serena, Illapel, Combarbalá, Coquimbo y Vicuña.—Atacama, con la ciudad de Copiapó (27.315 habitantes), Freirina, Vallenar, Chañaral y Yaltal. El territorio de Antofagasta, con la villa de su nombre (69.962 habitantes), y la de Tacopilla.—Tarapaca, con la ciudad de Iquique (33.051 habitantes), y la de Pisagua.—Tacna, con la ciudad de su nombre (18.252 habitantes), y la de Arica.

La población de solteros es de 725.389 hombres y 690.469 mujeres; la de casados, 278.013, y la de viudos, de 30.572, siendo la de viudas 74.580. La total es de 1.033.974 hombres y 1.041.997 mujeres.

En 1903, 3.248.224 (último censo).

Saben leer y escribir 515.893 hombres y 382.595 mujeres.

Cursaban la segunda enseñanza, en veintidós institutos, 4.860 alumnos en 1886.

Cuenta la Biblioteca Nacional 59.712 volúmenes, y la del Instituto Nacional, 14.400.

Las escuelas de instrucción primaria eran 862 en 1886; de modo que, proporcionalmente, está más desarrollada que ésta la de los Institutos y Colegios, y el número de alumnos era de 78.810. Hay además 532 escuelas particulares, frecuentadas por 28.242 alumnos. Existe Universidad Central.

Hay 79 puertos.

Reúne la Marina de guerra dos buques blindados, un monitor, tres corbetas, dos cañoneros, tres cruceros, un vapor transporte, cuatro escampavías, seis pontones y nueve lanchas-torpedos de 40 á 400 caballos; pero, en realidad, son muchos menos los navíos que cada año prestan servicio.

En cuanto á la producción del oro en Chile, según Amat, desde 1759 hasta 1770, año en que se incorporó á la Corona española la Casa de la Moneda, diremos que se habían reducido á moneda 77.344 marcos, 5 onzas y 8 octavos del referido metal (618.752 onzas españolas), que en nuestros tiempos equivaldrían á 2.400.000 libras esterlinas. Según D. Benjamín Vicuña Mackenna, desde 1772 á 1798, se obtuvieron 257.693 marcos de plata, con un valor de 2.190.294 pesos, y según los cálculos de D. Augusto Orrego Cortés en su «Industria del oro en Chile» (Santiago, 1890), en todo el siglo décimooctavo se obtuvieron 1.100.000 marcos (16.340.000 onzas de España, ó libras esterlinas 65.360.000).

Observan los tratadistas chilenos que en el siglo XIX hubo gran decadencia en los productos de la minería; de 1805 á 1810, disminuye considerablemente el número de marcos de oro amonedado; creció únicamente en 1810, y tornó á descender más y más hasta 1818, de tal suerte, que habiendo sido en 1810 de 6.000, bajó en 1830 á 410. En 1888, el oro en pasta subió á 935.747 marcos, con un valor de 3.769.372.

Se exportaron en 1888 3.785.458 kilogramos de oro, que representaban un valor de 1.213.834 pesos.

Después comenzaron los grandes beneficios de Atacama; «millones—dice un autor—que corrían como ríos, y fecundaron la riqueza hasta el más alto grado».

Respecto á las labores mineras, dice que «la desidia se explica en un país nuevo y falto de población; las industrias, que cuestan esfuerzo, paciencia y constancia laboriosa, ceden su lugar á los trabajos fáciles y de inmediato provecho. La falta de preparación industrial, la ignorancia de los procedimientos modernos, han sido motivos poderosos para dejar improductivas y hacer estériles muchas tentativas de negocios y aun gastos de fuertes capitales».

Comparando Humbolt la producción del oro en las varias colonias españolas de América, asignaba á Chile el

cuarto lugar, después de los dos primeros que ocupaba Méjico, y superaban también á la región chilena Nueva Granada y las posesiones portuguesas del Brasil.

Malhall, en su «Diccionario estadístico», incluye á Chile en el epígrafe «Varios países de América», citando únicamente á los Estados Unidos, Australia, Brasil, Rusia y Austria.

El ejército de la República es casi insignificante: en 1887 no excedía de 5.547 plazas, y la Guardia Nacional constaba de 48.674.

La importación del extranjero, en 1885, equivalía á 40.096.629 pesos, siendo sus partidas más importantes la de alimentos y tejidos. España figuraba en el noveno lugar, por 223.875 pesos, precediéndole Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos de la América septentrional, la República Argentina, Perú, Brasil é Italia, y figurando después de nuestra patria el Uruguay y el Ecuador.

En cuanto á la exportación, ni siquiera figuraba España. En cambio, se advertían partidas relativas á la Gran Bretaña, Alemania, Francia, Perú, Estados Unidos del Norte, Ecuador, Colombia y Uruguay.

En la misma fecha existían los siguientes Bancos: el Nacional, con un capital de seis millones de pesos y emisión de 4.391.772; y los de Valparaíso, Eward, Matía, Agrícola, Mobiliario, La Unión, Concepción, Melipilla, José Bunster, Curicó, Caupolican, Santiago, San Fernando, Talca, habiendo también en liquidación algunos establecimientos de la misma índole. Ascendía el capital, en millones de pesos, á 20.728.876, y las emisiones á 6.819.058.

Como se ve por estas cifras, en Chile no se abusa tanto del crédito como en la mayor parte de los Estados europeos, y en esta parte nos da lecciones.

En la misma fecha se habían establecido catorce faros. En Iquique, Antofagasta (dos), Caldera, Coquimbo, Valparaíso (dos), Tomé, Talcahuano, Lota, Corral, Punta de Gallera, dos en Ancud y en Punta Arenas

Existían los Ministerios del Interior, Relaciones Exteriores, Justicia, Cultos é Instrucción Pública, Hacienda, Agricultura y Minería, y Guerra y Marina.

El ferrocarril del Norte, de Santiago á Valparaíso, proyectado en 1852 (186 kilómetros), con un ramal hasta Santa Rosa de los Andes (45 kilómetros).

El de Santiago, al Mediodía, proyectado en 1857, con su ramal á Palmilla (304 kilómetros). Se construye el de Arica á la Paz.

El de Maule á Talcahuano y Angol (413), formando un total de 948 kilómetros.

La construcción había costado 32.733.520 pesos, y habían producido 6.333.394 en 1886. Hay en proyecto cerca de 2.000 kilómetros de nuevas líneas, algunas de las cuales ya se están construyendo.

En Santiago y Valparaíso había líneas de tranvías, en algunas de las cuales se utiliza para la conducción el servicio de las mujeres, lo que causa gran extrañeza á los extranjeros.

Había 460 oficinas de correos, y en 1886 circulaban 35.308.310 comunicaciones.

La suma de los giros postales se hallaba representada por 1.534.474 pesos.

Las líneas telegráficas eran dirigidas por 150 oficinas, y despachaban 112.819 partes, con 4.023.797 palabras, y un producto de 80.476 pesos.

Funcionaban en la misma fecha las Comisiones diplomáticas chileno-inglesa, chileno-italiana, chileno-francesa, chileno-boliviana y chileno-alemana, lo cual demuestra la actividad y complicación de las relaciones de la República y varios países extranjeros, á pesar de lo cual era muy reducido el número de sus Consulados.

Además de la «Corte Suprema de Justicia», había cuatro Cortes de apelaciones, en Santiago, Concepción, La Serena é Iquique; «jueces letrados», que eran 57, «jueces de subdelegación» (855) y «jueces de distrito,

que eran 3.068 en la misma fecha de los datos anteriores.

Entre las producciones naturales de la República, debe contarse el «guano», preciosa substancia, que no siendo otra cosa que excremento antiguo de aves palmípedas, ha servido y sirve tanto como abono para los cultivos agrícolas que han emprendido su falsificación con objeto de lucro. Indicaba ya su existencia el Inca Garcilaso en las costas de América; pero no se sacó del guano gran producto mientras duró en aquel continente, que era suyo, la dominación española. A mediados del último siglo míster Cochet llamó acerca del guano la atención del Gobierno del Perú y comenzó el gran aprecio que en Europa se hizo de estas substancias. En los últimos años de nuestra dominación en Cuba, también se habló de aprovechar el guano que se encontraba en la isla, sin que se emprendiesen serias exploraciones. Cuando ocupamos las islas Chinchas, se tornó á encarecer este abono, y en la actualidad varias Repúblicas americanas benefician sus productos.

Debe también mencionarse el salitre de muchas regiones, sobre todo de la provincia de Tarapacá, la Pampa de Tamarugal y otras regiones. También se encuentra en la cordillera de la costa.

Suele dividirse Chile en tres zonas: primera, desde el límite Norte á Coquimbo, falta de riegos, á pesar de las obras en la laguna de Huasco, agrícola; segunda, de Coquimbo á Concepción, con prados artificiales y cereales; tercera, zona del Sur, agrícola y ganadera. Vale ocho pesos la hectárea de tierra; en las otras regiones pasa de mil pesos. Hay 600.000 en barbecho y 500.000 hectáreas de prados. No se cultiva la tercera parte del suelo.

Hay 5.231 fábricas en la República, con un capital de 380.710.310 pesos y 75.816 obreros, de los cuales son extranjeros 4.046, y los jornales importan al año 67.689.282 pesos fuertes.

No podemos presentar datos acerca del comercio de libros, que tanto nos importaría conocer y tanto debemos

fomentar; baste saber que en Chile se calcula para el de las naciones extranjeras con América una cifra de 40 millones de pesetas al año, de las cuales solamente corresponden á España 5.700.000. Debe advertirse que la cifra del comercio extranjero de libros es de obras escritas en español. Juzguen los que esto vean del celo y actividad de nuestros editores y de lo mucho que debe hacer en este concepto la Unión Ibero-Americana.

Chile disfruta los beneficios de una buena administración, que, por desgracia, ha sido muy poco frecuente en las nuevas Repúblicas hispano-americanas. Aun durante el período colonial disfrutó de más segura paz que las colonias hermanas. Y es que, á pesar de tener en su seno grandes riquezas, éstas no llamaban la atención de los conquistadores. Er cilla, sin embargo, dedica algunas de sus vigorosas octavas á censurar la conducta y avaricia de Valdivia, que encontró en cruelísima muerte, bien descrita por el Inca Garcilaso en sus *Comentarios*, la pena de sus tiranías y arbitrariedades. Pero no fueron todos como Valdivia, y aun pudo lograr la colonia buenos gobernantes y administradores. Méjico y el Perú eran los grandes señuelos de la avaricia, tan perversa consejera como cualquiera otra de las malas pasiones. Por cierto que el Inca Garcilaso, en la obra cuya lectura no pocas veces hace aparecer la sonrisa en nuestros labios, parece que no hallaba tiempo para narrar la muerte de Valdivia, pues la cuenta, invirtiendo el orden de los tiempos y anticipándose á él, temeroso de que le sorprendiese la muerte antes de terminar los *Comentarios*. Los conquistadores encontraron en Chile un pueblo, como siempre lo ha sido, arriscado y guerrero, el más belicoso de ambas Américas, y esta circunstancia los tuvo quizás á raya en el desarrollo de sus ambiciones; y después de la Independencia, Chile se ha visto libre de tiranías, como las de Rosas en Buenos Aires, Francia y los López en el Paraguay y Ventimiglia en el Ecuador, y de vicisitudes políticas á la manera de las de

Itúrbide, Santana y Maximiliano, el Edipo americano en Méjico. Pueblo bien gobernado, no aficionado á las acometidas y presto siempre á una vigorosa defensa, no puede menos de gozar de gran prosperidad; y si no tiene historia, es seguramente porque no quiere hacerla tan execrable y trágica y tan llena de peligros y vicisitudes como tantas otras.

Durante la época colonial salvó á Chile de muchos riesgos y desgracias el no haber pasado de la categoría de Capitanía general, y después de la Independencia le produjo iguales favorables resultados el amor á la paz, sostenido por muchos y sucesivos Gobiernos, que se distinguieron por su prudencia, y el convencimiento que todos abrigaban de que, no bien desenvainase la espada, sabía compensar las aparentes pérdidas de tiempo y ganancia durante la paz con positivos triunfos.

El tiempo que no se dedicó á la guerra ni á las discordias políticas consagrólo Chile á la instrucción y al trabajo; sólo quedaron en pie obstáculos que fácilmente no podrá vencer, como la falta de población, que siempre lo es de riqueza, y el de su posición geográfica, que, respecto á Europa, no es la mejor, ni lo será hasta después de la apertura del istmo. Si hoy, como en la antigua historia, viniese del Asia la civilización, Chile y Perú hubieran sido países privilegiados.

Chile es una región más parecida á Europa que otras de América en el carácter de sus habitantes, lo mismo que en la clase de sus producciones. Podremos equivocarnos; pero juzgamos que esta circunstancia es una de las causas que le dan más valor y que le auguran porvenir más lisonjero. El pueblo dividido será desolado, dice la Sagrada Escritura, y Chile no se ha dividido federalmente en Estados, ni políticamente en banderías de las que hacen casi imposible la vida y desgraciadas á las naciones. No ha copiado servilmente á los Estados Unidos en su organización, y se guardará mucho de imitarlos en sus pretensiones de im-

perialismo, y no podría hacerlo, por más que lo intentase, porque el *imperialismo* norteamericano—sus mismos escritores lo han dicho—hase derivado de su maravillosa y súbita prosperidad económica. Al contrario de los cartagineses, han tenido que mandar para vender, mientras aquellos se proponían

“Entrar vendiendo por salir mandando,,.

Dicen los que han escrito de cosas de esgrima, y nuestro Marqués de Heredia no nos dejará mentir, que los que mejor saben jugar las armas jamás son los más pendencieros. Conocen los peligros, de los que saben desenredarse; mas por eso mismo no son los que primero ni con más gusto los afrontan. Permitasenos aplicar á Chile esta observación, porque la creemos exacta.

Largos años ha tenido cuestión de límites con la República Argentina, que en este tiempo levantábase y crecía como la espuma, sosteniendo la más célebre de las cuestiones de su clase en América, donde son el *pan de cada día*, y esa cuestión importantísima, vital, y que envolvía el prestigio y el amor propio del país, no la hizo requerir las armas ni acudir á los cañones, que lo mismo son *última razón de los reyes* que de las Repúblicas. No se aguzaron las espadas, ni el rumor de los cañones; la República no dió de sí grandes generales, ni mucho menos dictadores que hubieran salido de la clase de los afortunados, sino trabajadores útiles para la ciencia internacional, que es de paz y no de guerra: los Bello, los Lastarria, los Amunátegui.

No ha sido Chile favorecido por la inmigración europea; pero lo será, sin duda. *Yo y el tiempo contra dos*, podrá decir, como decía Felipe II. Cuando la Argentina esté aún lejos de encontrarse en las condiciones en que ya se encuentran los Estados Unidos, los inmigrantes saltarán la barrera de los Andes, no con miras políticas, como San-Martín, sino con miras económicas, como Loth al separar-

se de Abraham: por no tener *tierras* suficientes para mantener sus rebaños.

Pueblo belicoso, no se deja dominar del Ejército: no le aflige la plaga de generales ni de jefes; pero, en cambio, cuenta siempre con excelentes soldados. Disfruta las ventajas del Ejército como brazo, y no sufre las inconveniencias de él como cabeza, que son graves.

Nada es comparable en la historia de los indígenas de América á la resistencia que los araucanos opusieron á los conquistadores. Guerreros eran en general los mejicanos, y, sobre todo, los tlascaltecas; pero ó se dejaron vencer por misteriosas influencias y profecías, como los aztecas, ó llevados de generosos sentimientos, como los republicanos de Tlascala, se convirtieron en fieles amigos de los soldados españoles. En cuanto á los peruanos, más se dieron que hacer unos á otros los capitanes de Pizarro y de Almagro, que les ocuparon á unos y otros los naturales del país. Apenas terminada la guerra con los indígenas, comenzó la civil interminable, y, al parecer, sin objeto, entre los españoles. En cambio, á los araucanos nada les hizo mella, ni las repetidas peleas, alguna vez con sus correspondientes derrotas, ni el ver que á los españoles se sometía el país entero, y por eso, bien merece aquella región el epíteto de «no domada», que desde el principio de su inmortal poema le aplicó Ercilla. Entre los araucanos hubo más de un Magiscatzín y más de un Xicoteneal, los legendarios Hector y Aquiles de los tlascaltecas. Se ha dicho que en la «Araucana» aparecen más grandes los indios que los conquistadores; no es verdad, ni podía ni debía ser estó en la pluma de un poeta y guerrero español; pero que aparecen sobremanera heroicos, es indudable. Voltaire mismo compara á las homéricas las hazañas de unos y otros, y los discursos de los caciques parécenle tan elocuentes como los de los héroes de Homero.

Tanta obstinación y resistencia tuvo el cacique araucano en sostener horas y horas sobre sus hombros el tron-

co de un árbol para hacer méritos y ser nombrado jefe, como todo el pueblo araucano para sacudir un yugo al que los demás inclinaban la cerviz, pareciendo que traducían á su lengua aquel verso del poeta latino: «*Victrix causa Diis plocaits sed victa Catoni.*» Y, sin embargo, la civilización que les llevábamos no merecía semejante acogida; el salvaje, por ley providencial, tiene que desaparecer ante el hombre civilizado como las nieblas ante el sol; la civilización es favorable á la especie, y el beneficio de ésta ha de prevalecer sobre el del individuo, y por eso, hágase lo que se quiera, los designios de la Providencia deben cumplirse, y se cumplen.

Pero acaso lo es también que se mantenga un núcleo de resistencia en cada continente y en cada período histórico; Araúco figura tal vez en Chile como figuró en los tiempos coloniales, como los trescientos de Leónidas entre los griegos, como los Fabios en Roma, como los de Gedeón entre los israelitas.

Creemos fundadamente que ha terminado la época colonial de España, y que, si Dios nos favorece con buenos gobernantes, ha llegado el tiempo de aprovechar nuestras propias fuerzas. Terminada la edad viril, no engendra el individuo, y harto hace con procurar la conservación de su organismo. No ha de olvidarse la historia de la juventud y de la edad viril; pero han de aprovecharse cada vez más sus enseñanzas. Ser madre de veinte naciones, y serlo de la Humanidad futura y de la Europa de mañana, que eso ha de ser América, es un título ganado ya y que nadie podrá arrebatarnos. España ha conservado, en cuanto le fué posible, las razas indígenas; nuestros reyes han hecho más, mucho más, por los indígenas, que los huéspedes de la «Casa Blanca», aun habitando en el mismo país, si bien es cierto que nuestras leyes han hecho más en tal sentido que muchos hombres. Las razas mestizas no son una degeneración, sino más bien un medio de perfección y regeneración de la Humanidad en determinadas condiciones.

Mestizo era Juárez y supo resistir á los Estados Unidos é imponerse al más poderoso monarca de Europa. El mal de América es el mal de España; la acción individual es fuerte y enérgica; la común no puede compararse á ella ni obrar con la misma fuerza, porque la falta de unidad en los planes se ha hecho característica de nuestra raza.

Cabalmente, en Chile tenemos un ejemplo de lo que vale esa acción del individuo, ese «help yourself» que nosotros y los americanos desconocemos por una común desgracia. Robinson, náufrago en las costas chilenas y en las islas de Juan Fernández, vive bien y espera confiado, primero, en Dios, y luego, en sus propias fuerzas, el día en que un navío europeo recoja al pobre y abandonado náufrago. «Qui creavit te sine te», dice San Agustín, «non salvabit te sine te», y así es traducido al latín el «help yourself» de los anglo-sajones. Los Gobiernos se han creado y existen para completar al individuo, no para sustituirle, y creer lo contrario y no desengañarse más ha sido gran error de la extendida familia española. Lo que en una isla desierta se hizo, hiciéralo el fingido Robinson ó el histórico Alejandro Selkirk, es lo que deben hacer los pueblos si quieren figurar en la Historia como dignos de este nombre.

Si Roma se rehizo contra los cartagineses después de la rota de Cannas, fué solamente porque el vencido Varron no desesperó de la salvación de la Patria, y lo que hizo Varron fué lo que nosotros y los americanos decimos y hacemos con el clásico «No importa», que les hemos transmitido como el más precioso legado.

«No importa» decíamos nosotros contra los franceses, y «No importa» deben repetir y repetirán las naciones de la América meridional contra los anglo-americanos. No de sólo pan vive el hombre, ni tampoco de la industria y de los adelantos puramente materiales. Cincinato comía entre sus gañanes en un plato de tierra y no en vajilla de oro y plata como los cartagineses y otros enemigos del pueblo romano.

¿Qué sería de la raza española el día en que no confiase puramente en sus gobernantes? Ella sería mucho más, y ellos, viendo considerablemente reducida su esfera de acción, mucho mejores.

No se desalentarían jamás viendo que no se desalentaban sus súbditos, y lucharían por primera vez en nuestros tiempos latinos y anglo-sajones con armas iguales.

Los indios de los Estados Unidos han desaparecido; los nuestros aun viven, con más de tres siglos de constante enseñanza y civilización; sólo en los Estados de Mediodía podrá ser cierto que América sea de los americanos.

La América meridional no es industrial, sino minera y agrícola; pero es preciso que lo sea; esta necesidad se le impone, porque de otra suerte pagará un crecido tributo, del que bien podría libertarse. Libre ya de ambiciones y de imperialismos, se ve cada una de sus naciones en la misma situación de España: en la necesidad de ayudarse á sí misma y de sacar todo el partido posible de sus propios recursos. Hoy por hoy no puede haber *panamericanismo*, como no pudo haber romanismo ni hegemonía latina hasta que los púnicos terminaron su carrera histórica.

Las razas indígenas americanas, donde se conservan, todavía necesitan, como se necesita siempre, la influencia religiosa. La edad de los misioneros continúa cuando se ha cerrado definitivamente la de los conquistadores. Los nombres de Cipriano Barace, de Francisco Solano y del P. Marquette no brillarán menos en las páginas de un historiador imparcial que las que conservan el recuerdo de los grandes conquistadores. Ganar almas es más que ganar imperios, porque no se emancipan las almas con la misma facilidad y frecuencia que los territorios.

No sé por qué la América latina y la anglo-sajona se nos antojan siempre como las futuras Roma y Cartago. Lo que es insostenible es la situación presente, y en ver-

dad creemos que si se ha obtenido á fuerza de siglos y de ponderación de fuerzas el equilibrio europeo, alguna vez roto violentamente, será mucho más difícil de lograr el equilibrio americano.

Los europeos que al Nuevo Mundo emigran, por sus recuerdos pertenecerán á Europa; mas por sus esperanzas, por sus intereses y por sus hijos, son americanos. Ellos vuelven los ojos hacia el sepulcro, y sus hijos los tienen clavados en la cuna. La tierra de Gesen les hace olvidar la de Judá, como los romanos olvidaron sus primitivas moradas de Alba Longa y los norteamericanos han olvidado los verdes prados de Inglaterra, las pobres chozas de Irlanda y los pintorescos lagos de Escocia.

El panamericanismo es hoy tan difícil de plantear como sería un sistema análogo en Europa. Los fuertes pueden vivir por sí y no sienten la necesidad de unirse, y el fuerte y el débil no pueden formar otra sociedad que la fantaseada por el fabulista entre el león y la cabra.

Comprobado ya que la República está habitada por varias razas por los estudios antropológicos, aunque hablen menos lenguas diferentes que otras de América, todavía hemos de mencionar los trabajos de Porter, magistrales en este asunto. Parécenos que el principal núcleo de españoles lo constituyen los vascos; sus apellidos predominan en el país, y lo fuerte de la raza nos lo demuestra. El dios supremo de los indígenas se llamaba Pirlau; Epunamon el de la guerra entre los araucanos; pero las ideas religiosas eran muy imperfectas. El diablo se decía «Quecubu», y tampoco tenían acerca de él más desarrolladas ideas.

Los «changos» eran una nación sometida por los araucanos y por los peruanos. Se dice que eran caníbales y en extremo feroces. Aún se hallan en Atacama y Coquimbo. Su ocupación, casi única, era la de la pesca.

De otra raza, los «fueguinos», dice Eduardo Poirier: «Ocupaban la parte central del país, eran sufridos, de gran resistencia y fuerza, dedicados á la caza y la pesca,

buenos marinos y excelentes nadadores. Hace poco ha podido también comprobarse en la misión de Usurwahra, del Canal Beagle, que además de inteligentes y susceptibles de educación, son mansos, pacíficos y hospitalarios. Se dividen en tres razas. Hoy, tal vez, no pasan de 5.000; la mayor parte de ellos viven todavía en estado salvaje, en las islas occidentales y australes desde los 48° al Sur. Hay algunos civilizados en Ushuwaia, donde prestan servicios valiosos á los náufragos. No han tenido parte en la formación de la nacionalidad chilena, pues han vivido aislados de los centros en donde se ha operado la evolución de la raza.» («Chile en 1908», pág. 48.)

Llamaba la atención en la Exposición de Madrid de 1892 la sala de los Estados Unidos por las fotografías de «pielesrojas», que en cuadros se mostraban. Eran documentos que pasaban á la Historia. En los países americanos españoles viven todavía las razas indígenas que se han podido conservar; las que se han perdido no ha sido por causa nuestra. ¿Podríamos decir, «quos dedisti mihi, non perdi ex eis quemquam»? Al inaugurarse hace un mes en Nueva York el «Círculo Literario Hispano», decía el colombiano Sr. Borda en loor de España que «había sido un pueblo fundador en medio de sus ruinas». Gran verdad y magnífico elogio de nuestros padres.

Un viajero compara los «guascos», labradores de Chile, á los «gauchos» de la República Argentina, y dice de ellos: «Hallé algunos menos salvajes que los de Guasco. Su tocado es algo estrambótico, y muy original verlos andar con las piernas desnudas y cubiertos con unos dobles pedazos de cuero y con espuelas en los talones. Algunos tienen un semblante tan feo, que, sin duda, causarían miedo á cualquiera que los hallase por algún bosque de nuestra Europa.»

Los «pehuenches» son otros pueblos algo parecidos á los araucanos. «Tienen—dice el mismo autor—una semejanza con los pampas, si es que no se puede decir que son

el mismo pueblo; errantes como ellos, tan pronto son enemigos como aliados de los colonos, según su capricho ó interés. Yo había visto ya algunos en los alrededores de Antuco, punto en que estaban establecidos por haber sido expulsados de su patria, y hablaban la lengua araucana, sin entender siquiera una palabra del español.» «Pehuenche» quiere decir «hombre de los pinos». Frecuentemente devastan las haciendas de los colonos y se apoderan de sus cosechas en terribles cabalgadas. Sus campamentos ó «tolderías» están muy defendidos, y son habilísimos en el manejo de sus lanzas. «Dada la señal de marchar—dice un viajero—se arrollan las tiendas, y las bestias de carga transportan á otra parte el pueblo errante. Algunas pieles que sirven de abrigo, algunos sacos también de piel, el recado, las camas de correas, la lanza y el lazo con sus bolas («laquen bolas» de los chilenos), es en todo lo que consisten sus muebles. La mujer, limpia y ensilla y embrida el caballo de su marido, descarga á los animales en las paradas, les da el pienso y enciende fuego; arregla los alimentos, y en las marchas lleva un niño á manera de los caribes. Por el menor olvido que padezca en sus deberes, sufre el más bárbaro tratamiento. En esta nación existe un uso que recuerda singularmente la «fraternidad de armas» de los antiguos pueblos germanos y escandinavos... Los dos amigos duermen en una misma tienda, combaten juntos y cada uno de los dos debe estar siempre pronto á sacrificarse por el otro... Los indios hacen muy pocos prisioneros, y combaten hasta el último aliento antes que rendirse.» Tales son los principales rasgos de la fisonomía de los «pehuenches».

El estado salvaje no fué el primero ni será el último de la Humanidad. Lo primero sería inexplicable en la bondad de Dios; lo segundo, incompatible con el progreso de las sociedades. Las naciones que todavía llevan en su costado esa espina mucho deben hacer, utilizando toda clase de medios para arrancársela, respetando siempre las razas

superiores, á las que son inferiores á ellas por razones históricas, vidas, y personas, y en cuanto fuere posible las propiedades, si los salvajes que no lo son tanto que desconozcan ese derecho, necesario para la vida humana.

Las razas superiores son, como Robinson Crusoe respecto al negro Domingo, sus hermanos más adelantados.

Además de la española, que es la oficial, se hablan en Chile las lenguas llamadas *chitonga* y *vuta-huelliche*; la primera tiene muchos dialectos, y su más puro tipo es el *araucano*. En ella hay poesías, en las que se utiliza el asonante. Es lengua rica y que se sirve de las palabras hombre (*alca*) y mujer (*domo*) para expresar el género de los nombres. Algo de esto ocurre en inglés tratándose de ciertos géneros de animales; y, en efecto, parece que debió ser ese el primer medio para indicar los géneros siempre que se juzgó necesario indicarlos. Dícese que esta lengua es muy expresiva y sonora, y rica en figuras. Su arteficio gramatical es muy complicado. Hay un *Diccionario chileno-español y español-chileno* publicado en Santiago en 1846 por el P. Hernández Calaga. La lengua *vuta-huelliche* se habla en la Patagonia por los chonos y los key-yus hasta el golfo de Guateco.

Hay autores que hablan de una pretendida lengua hispano-chilena; juzgamos que no tienen razón, ni refiriéndose al español que en Chile se habla y escribe, ni siquiera á la fabla del pueblo, que, según aquéllos dicen, da al español inflexiones araucanas. Semejantes jergas nada son, nada valen, y deben desaparecer, si al menos no son tan útiles como la lengua *franca* de los puertos del Mediterráneo.

* * *

Á la manera de los antiguos Incas, juzgaron los conquistadores españoles que Chile debía ser una dependencia de la región peruana; y decimos esto, porque, al parecer, los peruanos no consideraban á aquel país tanto como

el de la Nueva Granada, cuyo gobierno solían encargar los Incas á sus primogénitos para que allí se acostumbraesen á los trabajos del Gobierno. Solían los Incas visitar sus provincias al encargarse del mando de la principal región, y siendo su autoridad más bien patriarcal que absoluta, enterarse muy detenidamente de las necesidades de sus vasallos. Jamás ha dejado el gobierno del Perú de ser objeto de concienzudos estudios, que ciertamente merece como representante de una civilización muy adelantada. En el género de las monarquías tan notable parece, como el régimen de los jesuítas del Paraguay, tratándose del régimen teocrático. La distribución de las tierras, la formación de las estadísticas de la población y de los recursos del país, el cuidado de las obras públicas, la policía doméstica, todo era objeto que parecía preferente á los que juzgaban cumplir gobernando bien las sagradas inspiraciones de Viracocha. Pero entonces, y allí, como siempre y en todas partes, decayó aquella forma de gobierno, y es indudable que cuando los últimos Incas, Huáscar y Atahualpa, que los nuestros llamaban Atabaliba, se disputaron la Corona, ya había entrado aquella civilización en un período de rebajamiento y, perdidos los resortes del Gobierno, se habían enervado los ánimos á medida que se desplegaba, cada vez más fuerte, el empuje de los conquistadores.

En torno del jefe principal de las expediciones de aquel tiempo, que no parece distar del nuestro sino muchos siglos en vez de tres, agrupábanse otros jefes que merecían no menos singular y privilegiada mención de la Historia. Dejando aparte lo que el poeta ó el versificador, como quiera llamarse, ponga de su parte en el libro, conviene, para saber lo que eran aquellos tiempos, recorrer por una parte ó por otra las octavas de Juan de Castellanos. El valor era, tal vez, la prenda menos estimable, por ser á todos común, de los conquistadores. ¿Qué diremos de la sagacidad política de éstos, de la sobrehumana paciencia de aquéllos, del don de gentes que en muchos brillaba, del

patriotismo y del amor de la gloria de todos? La puesta en sus juegos era, nada menos, que el sol del templo del Cuzco. ¿Qué les importaba, con tal de lograr su objeto, los desiertos con su aridez, las ciudades con su apiñada población, ni con su indefinida expansión los mares? Lo mismo les importaba la muerte en el naufragio que al pie del cadalso, que en el campo de batalla.

Las civilizaciones americanas no podían resistir este empuje y por eso cayeron envueltas, unas, en la sangre de los humanos sacrificios, que en los *teocallis* humeaba; otras, en medio de la paz, y de la que era para ellos cuerda y sensata política, y los mismos conquistadores, volviendo unos contra otros sus armas y promoviendo nefandas guerras civiles, tampoco pudieron deshacer su obra. En España los reyes y el pueblo se labraron reinos; en América los hicieron aventureros y soldados.

Al recordar los tiempos coloniales, no podemos menos de citar á García de Mendoza, á quien un moderno historiador, Coroleu (*América: historia de su colonización, dominación é independencia*, tomo II), acusa de megalomanía, como si estorbase algo esta cualidad en el comienzo de un imperio; al desgraciado Villagrán, procesado, y á la postre absuelto, en Lima, en cuyo tiempo comenzó el obispado de Santiago; Quiroga, vencedor de los araucanos y repoblador de su territorio, que tenía que luchar, no solamente con la ferocidad de los salvajes, sino también con la escasez de sus fuerzas y la indisciplina de éstas; Martín Ruiz de Gamboa, que fundó la ciudad de San Bartolomé; D. Alonso de Sotomayor, en cuyo tiempo se descubrieron las islas de Juan Fernández y se exploró el Estrecho, y Oñez de Loyola, que favoreció el establecimiento de los jesuitas, representantes de las glorias de su apellido.

A principios del siglo XVII se estableció audiencia en Santiago. En 1647 ocurrió en la misma ciudad un terremoto extraordinario, en que el obispo y las Ordenes religiosas hicieron prodigios de caridad. Don Juan Enriquez

puso toda su solicitud en fortificar el territorio y defender la costa de las acometidas de los piratas, y así fueron sucediéndose con igual escasez de recursos gobernadores más ó menos activos y celosos.

La dependencia en que estuvo Chile del virreinato del Perú distó mucho de ser favorable á ninguna de ambas regiones. Esa dependencia era causa de que se olvidasen los intereses locales, de que no se contase con fuerzas suficientes para la defensa de la Capitanía General y de que jamás se viese el fin de la guerra con los araucanos. Mucho después de Ercilla y de Pedro de Oña, para quien Araúco ya estaba *domada*, los colonos no podían gozar de paz ni seguridad con aquel enemigo interior, y en la costa asomaban los corsarios ingleses, para quienes apoderarse de los tesoros de América era siempre fácil empresa. En muchas colonias españolas y en Chile, como en las demás, ocurrían frecuentes conflictos entre las potestades, temporal y eclesiástica, que el célebre obispo Villarroel había tratado de conciliar inútilmente en el terreno de las doctrinas, de las leyes y de los cánones, tratándose de una cuestión eminentemente práctica.

Mucho nos complace que los americanos se dediquen á estudiar su propia historia de aquellos tiempos, ya porque trabajan para la ilustración de la nuestra, ya porque semejantes investigaciones han de aportar nuevos datos, más que á la censura á la defensa de nuestra administración, y quizás en Chile más que en ninguna otra colonia. Nuestros autores decían solamente que la era de los descubrimientos había estado representada en Chile por Magallanes, al Mediodía, y por Almagro y Valdivia, en la región septentrional. En 1520 descubrió aquél el estrecho que lleva y ha perpetuado su nombre, punto desde el cual se dió la vuelta por primera vez á nuestro globo, aunque no ya por Magallanes, sino por Elcano, á quien se dió por blasón escudo con el famoso lema «*P, imus me circumdedisti*». Almagro recorrió el país antes de mediar el déci-

mosexto siglo, y en trece años consiguió Valdivia establecer sobre sólidas bases la colonización chilena hasta su muerte, ocurrida en 1.º de Enero de 1554.

La conquista pudo juzgarse terminada diez años después de mediar el siglo XVI, en tiempo de D. García Hurtado de Mendoza.

No seguiremos con más datos la historia del régimen colonial que hoy en aquel país, como en todos, investigan y estudian más que nosotros los americanos.

Los ligeros apuntes con que hemos de poner fin á nuestra labor se referirán más bien á la época de la separación é independencia, de cuyas causas y primeros acontecimientos hemos hablado con suficiente extensión en el libro *Andrés Bello: su época y sus obras*, que en 1910 dió á la estampa la «Unión Ibero-Americana», por iniciativa del mismo cariñoso amigo que nos ha inspirado el artículo que ahora ponemos á la vista de nuestros lectores.

Comenzó la Independencia formándose Juntas en cada una de las colonias; la fecha de la chilena es la del 18 de Septiembre de 1810, aunque la verdadera de la Independencia es la de 1.º de Enero de 1818.

El general D. Bernardo O'Higgins gobernó con el nombre de *Director*. En los seis años que hasta 1823 estuvo al frente de los negocios públicos, terminó el régimen legal de la esclavitud, y tuvieron origen varios organismos políticos y administrativos y establecimientos de instrucción pública. Ocurrió después la rendición del archipiélago de Chiloé, donde había echado tan profundas raíces la dominación española.

Gobernó tres años, hasta 1876, el general D. Ramón Freire, dejando también buenos recuerdos á sus compatriotas.

Blanco Encalada, Pinto, Vicuña, Ovalle y Errazúriz se sucedieron en muy poco tiempo.

Desde 1831 á 1841 fué presidente D. Joaquín Prieto, pariente del autor del presente artículo, y á quien debió

Chile la inteligente colaboración de D. Andrés Bello. De aquél—dice un autor nacional, á quien dejamos por un momento la palabra para que no se nos crea parciales—, que «este período fué de plantificación de las nuevas instituciones organizadoras de la Hacienda pública y del crédito nacional, y preponderantes, en nombre de Chile, en las relaciones exteriores; pues que su política y sus armas derribaron en 1839 la confederación *Peruano-boliviana*, obra de usurpación y artificio del presidente boliviano D. Andrés Santa Cruz, en detrimento del naciente progreso de Chile»..

Otro pariente nuestro, D. Manuel Bulnes, sucedió á Prieto en la Presidencia, coronado con los laureles de la victoria sobre el Perú, y por la misma razón que invocamos antes, dejamos la palabra al escritor nacional, que nos dice de los dos años de esta Presidencia: «Se distinguieron por la mayor regularidad administrativa, por un espíritu de legalidad más franco y más fácil que el del período anterior, por el fomento de la instrucción pública y por los preparativos para la obra de la codificación legislativa civil.»

De este último punto hemos hablado con gran extensión y estudio de los documentos oficiales en el libro *Andrés Bello: su época y sus obras*. Terminó el Gobierno de Bulnes en 1851.

Años antes había estado en la Nunciatura Apostólica, en Chile, monseñor Mastai Ferretti, que en 1846 fué elevado á la Sede Apostólica con el nombre de Pío IX. Creemos que haya sido, entre los que ciñeron la tiara, el único que durante algún tiempo hubiese residido en América.

En Chile se refugió Maroto, el famoso autor del Convenio de Vergara.

Dedicóse el presidente D. Manuel Montt al fomento de las comunicaciones y obras públicas. Durante el mando de D. José Joaquín Pérez ocurrió la guerra con España; la paz se renovó en 1853. Desde 1871 á 1876 ocupó la Presiden-

cia D. Federico Errazúriz, prohibiéndose en su tiempo que fuesen reelegidos los primeros magistrados de la República, y se aumentó la Marina de guerra. Dicen autores chilenos que algo se detuvo el progreso durante el mando de D. Aníbal Ponto. También se sintieron graves pérdidas en la Hacienda nacional, haciéndose precisa la rebaja del presupuesto. Descubriéronse, con todo, y se beneficiaron algunas minas, con lo que se reanimaron las fuerzas del Tesoro. Ocurrió también la guerra contra el Perú y Bolivia, tomándose la ciudad de Antofagasta y la misma ciudad de Lima en 17 de Enero de 1881.

En la Presidencia de D. Domingo Santa María celebróse un tratado de límites con el Estado argentino y terminó la guerra con los peruanos. Sucedióle D. José Manuel Balmaceda, se restableció por completo el orden en la Hacienda y se proveyeron los obispados que habían estado vacantes.

El último año (1910), al celebrarse el centenario de la Independencia, se recibió solemnemente á la Embajada española, presidida por el Duque de Arcos, y que fué muy obsequiada.

No debemos pasar en silencio, en los últimos años del reinado de doña Isabel II, el envío de la Comisión científica á varias Repúblicas americanas, á la que siguió la guerra, de la que antes hablamos. En esa expedición perdimos al profesor Amor, víctima de su afición á la Ciencia, que después de acopiar gran número de preciosos objetos, falleció en California. No faltaron contrariedades á nuestros expedicionarios y á los almirantes Pinzón y Pareja, habiéndose suicidado el segundo. Pudieron apenas consolarnos de estas desgracias el paso de Méndez Núñez por el estrecho de Magallanes y los bombardeos de Valparaíso y el Callao. Pudo conocerse entonces á qué extremo de decadencia había llegado nuestra Marina, pero también el indomable valor de nuestros héroes y el de aquel gran almirante, una de cuyas valientes frases ha merecido pasar á la

Historia, por más que alguna vez se haya aplicado mal la frase, verdaderamente monumental, de *España sin naves, pero con honra*, digna de ponerse al nivel de la de Felipe II: *Mandé mis naves á pelear con los ingleses y no con las tempestades*.

Graves consideraciones, si estas líneas han de leerse en América, nos impiden absolutamente dedicar más atención á este asunto.

Durante las administraciones últimas de que hemos hablado, representó á Chile en España el ilustre literato é historiador Medina, á quien se deben tantas importantes obras acerca de las antigüedades chilenas. Gran partido ha sacado de nuestro Archivo de Indias de Sevilla, que para estudios de esta clase es un verdadero tesoro.

Como hoy se considera la Historia con más amplio criterio y en más ancha esfera que en otros tiempos, no basta la parte meramente política para llenar sus páginas: á otros muchos conceptos se dedica la atención, y principalmente á los hechos de índole social y literaria.

Pero antes debemos señalar una mancha en el limpio blasón de la República, y que no hemos querido anotar hablando de sus buenos gobernantes; nos referimos á la dictadura de Portales entre las Presidencias de Prieto y Bulnes. Dictador no quiere decir tirano; antes bien, la magistratura del primero es legal en cierto sentido, y no la del segundo. Alguna vez se hace necesaria la dictadura; pero jamás la tiranía. Portales no es muy conocido, y, en nuestra opinión, tampoco merece serlo. De ministro se hizo dictador, como Napoleón III pasó á emperador siendo presidente de la República. Esto nunca es legal, y siempre fruto de revoluciones de la peor especie. Al declararse la guerra contra la Confederación del Perú y Bolivia, creció más y más la influencia de Portales. No fué muy feliz Blanco Encalada en su campaña contra los confederados del Norte; pero sí lo fué Bulnes, y sus triunfos le prepararon con razón para obtener la Presidencia de la República.

Después de la batalla de Yagay, ganada por Bulnes, dice un moderno historiador que «se acentuó la personalidad de Chile en América y llamó la atención de las naciones de Europa, que empezaron á parar mientes en aquella fuerte organización política, que la hacía sobresalir entre las demás antiguas colonias de España.»

En Junio de 1837 ocurrió la sublevación de Quillota, en la que terminó su vida Portales. No llegó, ni con mucho, á ser un Rosas; pero también tuvo su Urquiza, representado por la sublevación de los soldados.

Suele comenzarse la historia de las letras chilenas durante el período independiente por Camilo Henríquez, director del periódico «La Aurora» desde 1812, y el «Monitor Araucano», autor del «Catecismo de los patriotas», y que también cultivó la poesía. El francés M. Lorier, el venezolano Bello y nuestro compatriota Mora comenzaron la época clásica de la nueva Pedagogía chilena. Otro español, D. Manuel Rivadeneyra, dedicó todos sus cuidados á la Tipografía. Don Domingo Arteaga abrió, en 1827, el teatro Nacional; doña Mercedes Marín del Solar escribió cantos patrióticos, alguna de cuyas obras se creyó producto del ingenio de Andrés Bello; nos referimos al canto escrito en la muerte de Portales. Más tarde, Sarmiento y Mitre, refugiándose en Chile, contribuyeron al fomento de la instrucción y de la literatura chilenas. En esta primera época, el establecimiento de Sociedades científicas y literarias, y la fundación de periódicos y semanarios, tuvo extraordinaria influencia, que, naturalmente, desapareció ó disminuyó más tarde.

D. José Joaquín Vallejo publicó después notables artículos de costumbres. De esta época son Tocornal, Espejo, Prieto, Warnes y otros.

D. Salvador Sanfuentes, discípulo de Bello, comenzó á escribir desde muy joven, y fué conocido por su obra «El campanario». Publicó traducciones del francés y varias obras dramáticas. Don Francisco Bilbao había estudiado en

Francia con Lamennais y Michelet; fué tan perseguido y desgraciado como digno de elogio.

D. José Victorino Lastarria, autor del «Sistema colonial de los españoles en Chile», de la «Historia constitucional de medio siglo» y de «La América», figuró en primera línea entre los publicistas, y en otro género de escritos es conocido por sus «Recuerdos literarios». También fueron historiadores García Reyes y Tocornal, Chacón, defensor de las doctrinas pedagógicas de Andrés Bello, é Eizaguirre, que dedicó sus investigaciones á la historia eclesiástica del país.

Los hermanos Amunátegui, á uno de los cuales se debe la «Vida de Andrés Bello», han dejado luminosa huella en la literatura de Chile. «Los precursores de la Independencia» y el «Descubrimiento y conquista de Chile» son obras que también nos recuerdan aquel ilustre nombre.

Barros Arana escribió la «Vida del general Freire» y la «Historia de la campaña de Chiloé», muy consultadas en Europa.

De D. Benjamín Vicuña Mackenna tenemos, entre otros libros, *La guerra de España* y el *Album de las glorias de Chile*. Don Vicente Pérez Rosales escribió los *Recuerdos del pasado (1814 á 1860)*. Don Nicolás Aurique escribió de bibliografía del Teatro y de la Marina. Don Carlos Morla Vicuña tradujo al poeta norteamericano Longfellow y publicó la *Historia curiosísima de la isla de Juan Fernández*. Oriego Laco se dedicó á investigar la historia literaria de su patria. Bañados Espinosa cierra tan notable serie.

De Medina, á quien antes citamos, quedarán *La literatura colonial de Chile*, *Los aborígenes de Chile* y la *Historia de la Inquisición en Lima*. A este autor le hemos conocido, y nos merece el mayor crédito como diligentísimo investigador de nuestros archivos.

Eximios ilustradores de la castellana metrica fueron Andrés Bello y Eduardo de la Barra.

Han cultivado la novela, que se ha llamado el poema favorito del siglo XIX, Bilbao, con su obra *El inquisidor Mayo*, y D. Alberto Blest Gana, autor de *Don Juan de Avia* y de *La fascinación*, que ha sido comparado, con más ó menos razón, á varios autores españoles de obras de amena literatura. En los últimos años ha ganado muchos lectores y no escaso renombre D. Daniel Barros y Grez.

D. Enrique del Sólár Armstrong y D. Pedro Cruz se dedicaron también á este género. Algunos, en la época más reciente, se han dedicado casi por completo á la novela nacional y á las de costumbres de la nación chilena.

Como poetas, además de San Fuentes, se han distinguido Hermógenes Irisarri, Matta, á quien citamos en el libro de Bello, Vial y muy especialmente Lillo y Eduardo de la Barra, benemérito de la antigua literatura castellana; Garriga, autor de una celebrada *Oda á la música*, y Concha Castillo, que lo es de una *Apoteosis de Miguel de Cervantes*.

Atendido el poco tiempo que lleva de vida la literatura, después de la Independencia, el número de poetas con que cuenta es verdaderamente extraordinario. La Prensa americana, que, en general, no rehuye, como la nuestra, la inserción de poesías en los diarios, contribuye mucho á la aparición de sobresalientes ingenios. En las nuevas literaturas es, por otra parte, más fácil dejar nombre; muchos de los que citamos en la antigua literatura española no serían, seguramente, citados hoy, en que se da tanto que hacer á la pluma en todo género de materias.

En el género dramático figuraron D. Juan Egaña, Real de Azúa, Walker Martínez y Espiñeira. Nos falta espacio para mencionar particularmente las obras que han dado á las tablas.

En la Prensa chilena, y en alguna de sus principales producciones, nos hemos ocupado, especialmente al examinar por este concepto los múltiples trabajos de Andrés

Bello. Esa ventaja tuvo América sobre nosotros; la Prensa acompañó el primer vagido de su independencia.

* * *

Hemos dado cima, en la medida de nuestras fuerzas, á un trabajo que, sin duda, era superior á las mismas. Por joven que sea un pueblo y por poco fecunda que su literatura se manifieste, un artículo no es suficiente para desarrollar esta materia. El pueblo español de otros tiempos era de teólogos y jurisconsultos; hoy es de literatos, y, sin duda, entre muchos deben aparecer bastantes buenos. Se necesita que los americanos nos conozcan más y que los conozcamos mejor que hasta ahora; antes que se rompa el istmo material es preciso romper el moral que nos separa de los pueblos que yacen á la vertiente del Pacífico.

Se nos había dicho que en nuestro libro *Ándrés Bello: su época y sus obras*, hablábamos de la Argentina mucho, y poco de Chile; y aunque juzgamos infundada esta objeción, aprovechamos la primera ocasión que se nos presenta para rendir un tributo de aprecio á un pueblo de los primeros de América, del que, lo mismo que de la Argentina, oímos hablar desde nuestra primera infancia, y cuyo nombre, como el de Buenos Aires, sonará en nuestros oídos, con el transcurso de los años, cada vez más simpática y dulcemente.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

CHOCOLATE

Artículo hispano-americano elaborado á puño

POR

EL CONDE DE LAS NAVAS

(SEGUNDA TAREA Ó EDICIÓN)

«CHOCOLAT: Substance qui contient un peu de tout, meme du cacao.»

(Fórmula del DOCTOR GREGOIRE.)

Con ser los refranes *evangelios* del pueblo, según FERNÁN CABALLERO, algunos, por excepción, necesitan reformarse. Ejemplos: «mal de muchos, consuelo de tontos», y «las cuentas claras y el chocolate espeso».

Salvo mejor parecer, vengo observando, desde que tengo uso de razón, que en épocas calamitosas, y en todo tiempo, así los discretos como los majaderos suelen consolarse, relativamente, considerando que las enfermedades, los cobradores de contribuciones y los empleados de consumos no respetan á nadie.

También anduvieron equivocados, al decir de los REVERENDOS PADRES BEDEDICTINOS, cuantos han venido creyendo, desde que se inventó, que no es bueno el chocolate *cuando no espesa*, «pues no teniendo esta propiedad el cacao, base de los chocolates puros, necesariamente ha de adulterárseles con materias extrañas para conseguir este objeto».

La que no creo negable es la parte primera del refrán, pues las cuentas turbias ó embrolladas dejan de serlo.

Valga la anterior digresión al propósito de que me parece llegado el momento, ya que estamos en liquidación, de presentar al co-

bro factura de todos aquellos géneros y artículos que España aportó á la obra de la civilización universal en el Viejo y en el Nuevo Mundo, por ella descubierto.

En la fabricación de la historia contemporánea, y en aquella gran parte que nos concierne—así como los comerciantes lo hicieron con el chocolate—, han introducido muchos componentes falsos é indigestos DRAPER, BLUMENTRITT, unos cuantos americanos de los que cultivan nuestra hermosa lengua con la perfección de BELLO, Ruñino CUERVO y Ricardo PALMA; la mayoría de los que la estropean, como murguistas que desafinan á todas horas por no dominar el instrumento, y algún español—aunque no lo parezca—achispado con peleón progresero *modernista*, que le hizo vomitar cláusulas como esta: «Consiste la mentira social española en querer aparecer como civilizados ante el mundo civilizado, siendo en realidad salvajes.»

Muchas gracias, amigo.

Con la luz del cristianismo y con el candil, desconocidos por los indios, alumbramos su alma y su hogar, hasta entonces completamente á oscuras cuando no lucía el Sol. Y con el caballo, el perro, el gato y las gallinas llevamos también á América las cañas de azúcar.

Por ella y por nosotros, pues, el obscuro licor que Moctezuma bebía, «para tener más fácil acceso con las mujeres», en vasos de oro ó en conchas de tortugas bordadas de pedrería; «de bebida más propia de puercos que de hombres», como pareció á algún soldado de Hernán Cortés, se convirtió en «sudor de las estrellas», al decir de Jerónimo PIPERÍ.

Medicina, alimento ó chuchería, el chocolate es genuinamente español, por su invención y perfeccionamiento. Dime lo que comes y te diré de dónde eres: así como los macarrones, la paella, el gazpacho y el arrope caracterizan á italianos, ingleses, valencianos y manchegos, entre todos los alimentos y bebidas, ningún otro puede representar á los españoles en general mejor que el chocolate. Oscuro, espeso, rebosando del ancho y hondo pocillo abrigado entre brasas, conforme á la frailuna receta, para conseguir una crema exquisita; el desayuno, merienda y parva cena nacional tuvo y conser-

va mucho carácter *clerical*, como ahora se dice. Desde su invención en Méjico, los religiosos españoles se distinguieron como famosos chocolateros: así hubo de reconocerlo el cardenal de Plessis, Arzobispo de Lyon, quien lo encargaba á aquéllos.

Con chocolate regalaron siempre en España monjas y frailes á sus bienhechores. «Es usted más pesado que el chocolate de los teatinos ó de los jesuitas» se dijo porque éstos conquistaban desde América voluntades entre los políticos y grandes señores españoles enviándoles, según nos refiere D. RICARDO PALMA en una de sus preciosas tradiciones peruanas, bollos de chocolate que traían como hueso ó núcleo sendas onzas de oro. Y ya que en estos obsequios chocolateros me ocupó de pasada, creo que no ha de parecer inoportuna la siguiente noticia contenida en los *Avisos* de D. Jerónimo de BARRIONUEVO, que publicó en 1892 D. Antonio PAZ y MELÍA en la *Colección de escritores castellanos*, tomo 94. Dice así el *Aviso XXVII*: «Madrid y Noviembre 7 de 1654. He visto el presente de chocolate que envía el de Alburquerque á consejeros y señores. Son 16.000 libras, á 2 reales de á 8 cada libra, fuera del presente del Rey, Reina, Infanta y D. Luis de Haro, que dicen serán otras 8.000. Viene pagado el porte, que monta 4 000 ducados, y los derechos se han perdonado... Viene todo en cajas de á libra, muy doradas, de á libra cada una, que yo aseguro que sólo el adorno importa más de 2.000 ducados. Olvidábaseme de decir envía entre éstos algunos talegos, como de cuartos, doblado mayores de chocolate en polvo mezclado con ámbar y otros olores preciosísimos de grande valor.»

Por Real cédula de 1.º de Julio de 1749 se ordenó al Virrey de Nueva España que continuase enviando remesas con la mayor frecuencia, como estaba prevenido, pues no sólo habían de servir estos frutos al gasto de SS. MM., sino también al de otras personas de calidad. Aludía esta disposición á un envío ya anunciado consistente “en 24 arrobas de Soconusco, 4 de Polvos de Pinolt, cuatro cajones de chocolate y 2 arrobas de *Bainillas*„.

El chocolate, en un principio, fué manjar caro y aristocrático. «No bebía del cacao—dicen los Benedictinos.—nadie que no fuese fraile, señor ó valiente soldado.»

Convertido por los soberanos aztecas en una especie de regalía de la Corona, los productores de cacao pagaban los tributos en especie con arreglo á la calidad del fruto, considerándose el Soconusco como el más exquisito.

Cuenta el SR. STOR, de quien tomé también la noticia anterior, que «El cacahualt ó cacaguat, árbol del cacao, constituía, según las tradiciones religiosas de algunas provincias de la Nueva España, uno de los más bellos ornamentos del paraíso terrestre, situado en los alrededores de Tula, ciudad antiquísima, cuyas ruinas subsisten cerca de la actual aldea de Ocasingo, en el estado de Chiapas, y lugar del que, según muchas leyendas, partieron las predicaciones del famoso poeta Quetzalcoalt, símbolo maravilloso de la civilización americana desde el Amazonas al Mississipi.» Véase, pues, si de atrás le viene al galgo el ser rabilargo. Quiero decir, si es añeja la noble prosapia del chocolate.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO dice que el cacaguat es el «árbol de todos el más preciado entre los indios, y su tesoro», y el padre Bernabé COBO también lo encomia como estimadísimo en ambos mundos. Los eclesiásticos, clase privilegiada, estaban exceptuados, según se desprende de una Real cédula de 1784, de pagar contribución por el cacao que exportaban de sus haciendas. Y tal tributo consistía, por aquella época, en la provincia de Maracaybo, en un real sobre cada millar de almendras de cacao. Remáchase, pues, por esta y otras noticias, el carácter eclesiástico que desde el principio tuvo entre nosotros el chocolate. No deja de ser notable la coincidencia de que la primera en importancia, según creo, de las fábricas españolas, se alce á la sombra del magnífico Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Ni del cacao ni del chocolate existe, al menos que yo sepa, ninguna bibliografía, haciéndose, por consiguiente, más difícil el estudio, desde sus orígenes, de este artículo de primera necesidad, tan español y tan extendido hoy por todo el mundo civilizado, como alimento ó golosina de los poderosos y medicinal regalo de los pobres convalecientes ó de los convalecientes pobres.

Desde muchos aspectos sería interesantísimo un trabajo serio á propósito del fruto y del manjar que puede y debe constituir una de

las partidas más importantes en la factura de que hablaba al comienzo de este articulejo; y aunque no sea más que para animar á los investigadores valientes, he de terminarlo ofreciéndoles unas cuantas papeletas de autores que trataron concretamente del cacao y del chocolate; cuatro sillares sobre los cuales otro escritor más diligente y desocupado podría muy bien levantar el modesto edificio bibliográfico del chocolate, bebida que, careciendo de la condición del café, estimulante de las funciones cerebrales, inclina al hombre, si no se equivoca el Sr. Ch. GIRAD, "*au farniente; propriété qui le fait tant apprécier des Meridionaux et surtout des Espagnols*," (1)

En cambio, LAMPILLAS se expresa de esta suerte: «El descubrimiento del chocolate merece entrar en el número de los más preciosos que corresponden al afortunado siglo XVI. Las grandes ventajas que logran con él las personas dedicadas al estudio le hacían digno, por la verdad, de ser recordado en la historia literaria, y aun de llamarse, con razón, bebida de estudiosos.» (2)

Un libro sobre el chocolate, muy propio para regalo de Nochebuena, debería comenzar, naturalmente, por el estudio completo del árbol llamado cacao, cacarí, cacarítera, cacahoalt ó cacahualt y cacaguata, que de todas estas maneras se le nombra en letras de molde, aunque el Diccionario de Autoridades acepte sólo la primera denominación, fundándose en el P. Joseph de ACOSTA.

Dice este jesuíta á propósito del cacao: «El árbol donde se da esta fruta es mediano y bien hecho, y tiene hermosa copa; es tan delicado, que para guardarle de que el Sol no le quemee pónenle junto á otro árbol grande, que sólo sirve de hacerle sombra, y á éste llaman la madre del cacao.» (3)

La vulgarización de instrucciones sobre el cultivo propio de este árbol, tan encomiado por LINNEO, sería para los españoles, más que interesante, útil y de aprovechamiento tal vez inmediato, ya que en algún territorio nacional se da bien y constituye una producción im-

(1) *La Grande Encyclopédie*. París, H. Lamirault et C.^{ie}

(2) *Ensayo histórico apologético de la literatura española*. Zaragoza, 1784.

(3) *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid, 1608, pág. 251.

ortante, como hemos de ver luego, y porque quizás convendría, además, ensayar la siembra de cacao en otras regiones de la Península. Las maravillosas propiedades atribuidas desde muy antiguo á tan rico fruto explican el grande aprecio en que le tuvieron siempre los *calachunis* ó gentes ricas de Guatemala y Nicaragua, quienes estimaban el cacao tanto como los españoles los metales preciosos. Sirvió de moneda en muchos puntos de América, y por ello llamaron *pecuniarias* á las almendras. «Con cinco cacaos se compraba una casa, y con treinta otra, y con ciento otra, sin que haya contradicción, y usan dar limosna estos cacaos á pobres que piden.» (1)

Un esclavo costaba lo mismo que las casas más caras; es decir, cien almendras de cacao. Los precios de la carga y de la fanega de este fruto fluctúan extraordinariamente desde la conquista de Méjico, siendo los datos que tengo á la vista muchas veces contradictorios. «Á fines del siglo XVI valía la carga 400 pesos oro; se dividía aquélla en tres *xiquipilis*; éste en veinte *coutles*, y el *coutle* en 400 cacaos.» (2) La carga constaba de 24.000 almendras, ó sea unas 81 libras, cuyo precio fué al principio de cuatro á seis pesos oro, común en los mercados productores; 10 ó 12 en Méjico durante la segunda mitad del siglo de la conquista; 50 al comenzar el siglo XVII, y hasta 10 ó 12 pesos el millar de almendras, años más tarde. (3)

Lo que puedo asegurar, fundándome en documentos irrecusables, es que en 1718 valía ó costaba en Trinidad y la Guayana nueve pesos de plata la carga de 110 libras; en 1754, 35 pesos la fanega del de Maracaybo, y 46 el de Caracas en Julio de 1779, á causa de haberse autorizado á la Compañía Guipuzcoana para que subiese el precio por la guerra con Inglaterra.

Venía á ser aquella poderosa Empresa algo así como la alhóndiga del cacao, para cuyo depósito y venta tenía establecidos grandes almacenes en Barcelona, la Coruña y Madrid. En 1734, Felipe V y su mujer eran poseedores de 200 acciones de la «Compañía Guipuzcoana de Caracas». Tan interesante sería el estudio de esta verdade-

(1) Cf. ACOSTA.

(2) CARMENAL.

(3) STOR.

ra institución comercial como lo es el de cuanto en el Nuevo Mundo se relacionó con el cultivo y tráfico del cacao en los primeros siglos de nuestra dominación en América. Así, por ejemplo, el establecimiento de las ferias que se celebraban anualmente en las provincias de Mérida, San Antonio de Gibraltar y Maracaybo para la venta del fruto, base del chocolate; la constitución y funcionamiento de las Reales Casas establecidas en aquellos territorios para la cobranza de los derechos impuestos sobre el cacao, y las estadísticas que podrían formarse de su exportación é importación en el Nuevo y Viejo Mundo: que allí hubo importante comercio de cabotaje de la preciada almendra. Como muestra, sirvan estos datos depurados: desde 1714 á 1717 salieron del puerto de la Guayana y demás provincias de América 220.501 fanegas y media de cacao; desde 1790 á 1792 inclusive se introdujeron en la Península: de Caracas, 93.388 fanegas; de Guayaquil, 94.082, y de Trinidad, 116.271.

Pero ante todo y sobre todo, para dar un mentís rotundo á nuestros detractores, como fotografía de cuerpo entero de lo que fué nuestro tan calumniado gobierno y administración en aquellas tierras, y tal vez para enseñanza de economistas contemporáneos, bueno fuera presentar, siquiera en estado ó gráfico, el conjunto de sabias disposiciones dictadas por nuestros monarcas, con relación al cultivo, tráfico y venta de cacaos americanos.

Como botón de la gruesa, ahí va copiada al azar, entre muchas de diverso género, la Real cédula de 10 de Septiembre de 1720: "Considerando S. M. como uno de los puntos esencialísimos para hacer felices sus Dominios y Vasallos moderar los excesivos derechos que pagaba este fruto en Aduanas, Alcavalas y Cientos, que sacada la Cuenta ascendía, puesto en Madrid, á 135 mrs. en libra; de suerte que con lo que impendían los Comerciantes en su primera compra y conducción, no sólo no les daba utilidad, sino que salían muy gravados, y, por lo tanto se retrahían de traficarle, dando campo á que fraudulentamente lo hiciesen los Extranjeros. Resolvió que de todo el que tragesen súbditos de estos Reynos solamente se cobrarán á su entrada en Cádiz 33 mrs. en libra, los 10 por el Almoarifazgo mayor, y los 17 restantes que el Reyno concedió en las Cortes del año 1632, en cuyos impuestos avía fundados jurcs; y que

esta cantidad se exigiese sin distinción, tanto del que se hubiese de comerciar como del que viniese de regalo á Personas particulares, aboliendo todos los demás Impuestos moderadamente para el Pósito y Fábrica de Quarteles de Madrid. Y así mismo que los que quisiesen ir de Cádiz, con registro á traer cacao así de Caracas como de otras Provincias serían exentos de pagar Alcavala ni otro derecho alguno por razón de la licencia y toneladas, con tal de obligarse á cumplir las condiciones del Registro y traer á su tornaviaje, si no toda, á lo menos la mayor parte de la carga de cacao observandose en quanto á los dros. de salida de Cádiz la que llevase á Indias, y entrada y salida en los puertos de ellos lo prevenido en el Proyecto de 5 de Abril de este año para Galeones, Flotas y registros sueltos; cuya determinación se observase puntualmente, en inteligencia de que para las dudas que ocurriesen estaba concedida facultad de disolverlas al Marqués de Campo Florido, Superintendente de Rentas Grales.»

No hay para qué decir que el comercio del cacao revistió por aquellos tiempos, en los que podíamos imponernos en el mundo, riguroso carácter proteccionista, prohibiéndose en 1688 la introducción en todos los dominios españoles del fruto producido en las posesiones francesas de la Martinica en 1742, y la extracción á Curacao y á otros parajes que no fuesen tierras nacionales, del que se daba en ellas.

Habiendo encontrado los españoles establecida ya en varios puntos de América la representación de la riqueza por el cacao, convertido en moneda, tampoco hay motivo para extrañarse tanto ni poner en solfa la ocurrencia de fray Pedro FLORES DE LEÓN, quien, en tiempos de suyo calamitosos, propuso implantar en Castilla aquel recurso ultramarino. Después de todo, se me antoja que este y otros arbitristas de la época eran mucho más patriotas de buena ley, y revelaban sentido más práctico que los actuales jeremías y regeneradores, que pretenden sacar el carro del atolladero á fuerza de cantar grandezas extrañas que conocen de oídas, y de poner todo lo nuestro á los pies de los caballos.

No sé yo si á Jerónimo de Aguilar, natural de Ecija, dedicaron capítulo especialísimo en sus historias impresas el padre Martín

ROA, el licenciado Andrés FLORINDA, la *antorcha de la antigüedad en que se trata de las señas y rastros para el conocimiento...* de aquella ciudad, llamada la sartén de Andalucía; como también ignoro si se apuntó el caso en el manuscrito original de Alonso FERNÁNDEZ DE GRAJERA, custodiado en la Real Academia de la Historia, biblioteca SALAZAR. Pero es un hecho que Ecija es más conocida en nuestros días por los *Siete Niños...* precursores de muchos de los modernos... ISTAS, que por ser la patria de Jerónimo de AGUILAR. Fué éste, según dicen, intérprete de Hernán Cortés para con los indios mejicanos; ordenado *in sacris*—siguen el chocolate y la Iglesia dándose la mano—, cautivo de aquéllos, y si no el primero entre los españoles que vió

«... en urnas de coral» cuajar «la almendra que en la espumante jícara rebosa»,

el que dió noticias relativas al haba del cacao antes que nadie, en la Península Ibérica y en el resto de Europa. Y sólo por esto me parece que AGUILAR bien merecía una estatua mucho más que varios políticos, militares y comerciantes que vemos encaramados en sendos pedestales, y de los que preguntarán nuestros hijos: «Y este señor, ¿qué hizo?» Depurada la noticia por algún erudito benemérito, de los que se pudren por sacar del olvido la buena memoria de los grandes hombres que el vulgo no tenemos en nuestro parnaso, no queda más que iniciar una suscripción nacional para levantar el monumento del afortunado ecijano, quien, en mármol ó en bronce, como Venus de las olas, podría surgir en ideal efigie de las espumas de una jícara colosal. Compárense los sinsabores que proporcionó á la humanidad Napoleón I, pongo por caso, con los relamidos que debemos á la invención de AGUILAR, y se verá que no pido una injusticia.

El cacao se cultiva en Bahía, Borneo, Brane, Célebes, Colombia, Ecuador, Guadalupe, Guatemala, Perú, Puerto Rico, San Salvador y de más Repúblicas de origen español, así como en Filipinas, en Java y en Fernando Poo.

Los españoles, como queda dicho, al conquistar á Méjico, trabaron conocimiento con tan delicado fruto, y lo dieron luego á cono-

cer en el resto de Europa, según toda probabilidad, convertido ya en chocolate, ó forman lo la base de este «enjuagatorio de tripas y despertador del hambre», como le llama QUEVEDO no recuerdo dónde. «De India también trahen unos polvos de especias mezcladas con que hazen una bebida que llaman chocolate, y suelen tomarla en ayunas por las mañanas, con agua caliente. Dizen que es muy provechosa á la salud, pero es difícil de tomar á quien no la acostumbra de ordinario, ó no está echo á ello, por un olor muy agudo que tiene.» (1)

Las principales variedades de cacao se distinguen en el comercio actualmente con los nombres de bicolor, blanquecino, cimarrón ó silvestre, elegante, de fruto pequeño, de la Guayana, y de hojas ova-les. Por lo que hace á su cultivo y más conocidos enemigos, cuyo estudio y enumeración no entran en mis planes, el curioso hallará muy bien tratados estos puntos, á lo que parece, en un libro que se encuentra en todas partes: en el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, de los señores Montaner y Simón, de Barcelona.

Según él, del fruto americano puede decirse lo que del cerdo: que no tiene desperdicio. Fuera de su aplicación más propia y generalizada, motivo de mi artículo, sirve el cacao para hacer el *triste* refresco usado en Centro-América y en Méjico, y *chocolate macho* y *batido*, bebidas ambas muy semejantes á aquélla. También con la pipa ag. dulce suelen prepararse diversos refrescos. El grano, triturado y puesto en infusión, se usa en Nicaragua como té; y en aguardiente, se convierte en agradable rosoli. Además, puede hacerse con él ron. La cascarilla en infusión se bebe; úsase como tabaco, y es notable abono para naranjos y limoneros.

Entre todas las semillas del cacaotero, theobroma, según LINNEO, que en el idioma indio significa *comida de los dioses* ó *alimento divino*, los mejores son el Apolabamba, el Soconusco y el Caracas. Los más inferiores: Tabasco, Guayaquil, Marañon, Puerto Cabello, Choroní, Ocumanes, Sotaventos y Ríos Chicos. (2)

(1) MOREL FATIO (Alfred): *L'Espagne au XVI^e et au XVII^e siècle.....* 1878.—Diario de Camillo Borghese, *Costumbres de España diferentes de otras naciones*.

(2) LÓPEZ (Matías), págs. 24, 25, 27, 28 y 37.

Cuando españoles y portugueses arribaron á América, sus naturales componían un licor con el cacao diluído en agua caliente, sazonado con pimienta y otros simples, y mezclado todo con puches hechas de maíz, para aumentar el volumen. Ellos llamaban á este licor *choco*, ó chocolate. (1) *Choco*, cacao, sonido, ruido, y *late ó atle*, agua. (2)

Juan BARRIOS, que fué de los primeros que han escrito á propósito del chocolate, tratándolo como alimento y como remedio: asegura que se usó primeramente en la provincia de Guatemala, «Las cosas de que se hace y consta son éstas: cacao, xochinacatzlí, pimienta de Tabasco, tilxochitl, mecaxochitl, achiolt, atole, azúcar, agua tibia y chile.» Después explica qué cosa sean tales extraños componentes, en forma que el lector se queda tan en ayunas como estaba antes de leer la receta.

No hay para qué decir que en ella debe descartarse el azúcar, poniendo en su lugar la miel. «A un Atienza (Pedro de) y al Bachiller Velosa» (3), que llevaron á las Indias las cañas de azúcar, se debe, repito, que el chocolate *Porcorum verius colluvies quam hominum potio*, según Carlos CHIASILOLO, se convirtiese en «bebida divina y celestial panacea», al decir de Jerónimo PIPERI.

La noticia dada por D. Matías LÓPEZ de que «hacia el año de 1532 fué importado á la Península el chocolate por varios españoles que regresaban de Nueva España», aparece rectificada por los Reveren los Padres Benedictinos, quienes recaban para sí esta gloria. «Procedente de las Misiones de la Orden, y con destino al convento de San Francisco, de Sevilla, la galera *Maria del Mar* trajo de Guaymas (México), y desembarcó en Cádiz el 17 de Marzo de 1510, los primeros paquetes de este aromático producto, hasta entonces en España desconocido. (4) Y desde aquella fecha, añaden, nadie les

(1) LAVEDÁN (Antonio).

(2) CF. LÓPEZ.

(3) HERRERA (Antonio de): *Décadas de Indias*.— Madrid, 1730. Tomo I, cap. VI, pág. 7.

(4) Por cierto que el envase de uno de estos envíos dió lugar al siguiente cuento, recogido por D. Juan de ARGUIJO:

«En el convento de San Agustín, de Sevilla, criaban un carnero ena-

aventajó por lo que respecta á la fabricaci3n del clásico desayuno de los espa1oles: *De omnibus chocolati clasibus, illa RR, PP. Sancti Benedicti, vera est ac præcipua.*

FERNÁNDEZ MOREJÓN, no obstante, se inclina, fundándose en textos de autores de peso, á que se comenzó en España á beber chocolate en las postrimerías del siglo XVI ó en los comienzos del XVII. Muy á fines de éste debió de constituir un monopolio, pues á más de los privilegios otorgados, como se ha visto, á la Compañía Guipuzcoana de Caracas, en 1691 existía un *arrendador del chocolate* que se licita su introducci3n, de quien se habla en cédula Real del mismo año.

Las razones y fundamentos aducidos por LAMPILLAS para probar la ninguna intervenci3n que en el descubrimiento del chocolate tuvo el italiano Carletti, son incontrovertibles, á lo que parece; sí pudo ser muy bien, y con esto debe contentarse, de los primeros que divulgaron la famosa bebida por Italia. Hizo su entrada en Francia en 1651, y la primera fábrica, llamada «Le Grand d'Aussy», se instaló con el monopolio y título de «Chocolatería Real». Así y todo, y no obstante la protecci3n que le dispensaron Ana de Austria y María Teresa, poniéndole de moda, no se generalizó el consumo hasta el reinado de Luis XV.

Como al tabaco y al café, desde su invenci3n, se atribuyeron al chocolate las más raras virtudes. Ya vimos por qué «tomaba ordinariamente Moctezuma, al acabar de comer, un género de chocolate, á su modo, en que iba la sustancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la xicara de más espuma que licor». (1) Como colorario

no que discurría por toda la casa, dejando poco limpios los claustros, el Capítulo y los lugares más frecuentados. Acordaron los Padres, por no tenerle encerrado, que le atasen una taleguilla debajo de la cola que recogiera lo que caía en el suelo. Para esto ofreció Fr. Juan de Velasco un saquillo en que le habían traído de Nueva España un poco de chocolate. Pusiéronle al carnero de suerte que vino á caer hacia la parte de fuera el sobrescrito que la talega trajo de Indias, y que no se le había borrado, y decía: «Para Fr. Juan de Velasco.» A. PAZYME-LIA, *Sales españolas...* (segunda serie).—Madrid, 1902; pág. 94.

(1) SOLÍS: *Historia de la conquista de Méjico...*—Bruselas, 741; libro 3.º, cap. xv.

puede recordarse lo que cuenta CARMENAL del chocolate de Blegny, en Francia, usado para remedio de los que sufrían las consecuencias «de la más universal de las enfermedades galantes, y que necesitaban para ello el socorro del solimán». Aquí vendría bien aplicar el refrán que enseña «la mancha de la mora con otra verde se quita». Para el reuma, la manteca ó aceite de cacao se recetaba; y administrándola con leche, curaba la tisis; á los viejos y decrepitos les alarga la vida el chocolate; los gotosos deben también beberle retarda la salida de las canas; es causa y á la vez remedio de la melancolía; ejerce benéfica influencia sobre el corazón, según el Dr. MURILLO VELARDE, y perjudica á los españoles en verano, al decir de COLMENERO DE LEDESMA. BARRIOS da tres distintas recetas de chocolates especiales para hombres y mujeres sanguíneos y para mujeres y hombres flemáticos, y aconseja que todos, sea cual fuere el temperamento, no hagan ejercicio después de tomarle, para evitar que se bazuquee y se pegue á las paredes del estómago. Otros muchos médicos recomiendan beber, después de apurar la jícara, el consabido vaso de agua. Este último particular aparece tratado por extenso en la disertación que sobre aquella escribió Cosme BUENO. En resumen: que «en cuanto á los daños y provechos que hace, oigo decir á cada uno su parecer: unos abominan el chocolate, haciéndolo inventor de cuantas enfermedades hay; otros dicen que no hay tal cosa en el mundo y que con él engordan y traen gana de comer y buen color en el rostro, y si es mujer estéril se hace preñada, y la parida, bebiéndole con Atole, tiene sobrada leche: así que no hay quien en esto tome tino al vulgo». (1)

De todos modos, antes y ahora, el chocolate sirvió y sirve de vehículo de muchas medicinas, y los hay pectorales, analépticos, tónicos ó febrífugos, estomáticos, vermífugos, afrodisíacos, purgantes y no sé de cuántas clases más. Me atrevo á suponer que en esto se parece al famoso filántropo D. Juan de Robres, habida cuenta de que la multitud de componentes extraños de los tres órdenes, animal, vegetal y mineral, que se disfrazan bajo el color del cacao tos-

(1) LEÓN PINELO (Antonio), folio 111.

tado y molido, pueden ser muy bien semillero de innumerables enfermedades, que vayan incubándose al calor del desayuno nacional en la oficina de la salud, que es el estómago. (1) Á más de los ingredientes primitivos, el comercio, cuya conciencia fué en todos tiempos más ancha que el Océano, introdujo en el chocolate aceite de oliva y de almendras dulces, arroz, almidón, bálsamo de tolú, benjuí, avellanas, nueces, castañas, dalias, cinabrio, óxido rojo de mercurio, minio, carbonato de cal, lentejas, judías, guisantes, habas, maíz, harina de trigo, dextrina, yema de huevo, sebo de ternera y carnero, estoraque, goma tragacanto, aserrín de madera, rosas de Alejandría y mendrugos de pan procedentes de la mendicidad callejera.

Ya el mismo cacao, antes de la conquista de México, era falsificado por los indios, que rellenaban de tierra los hollejos de las almendras después de extraerlas, volviendo á pegar aquéllos. (2)

Todo esto sentado...—¡vaya si debe sentarse, y hasta acostarse en el estómago, el tal soconusco!—á nadie extrañará que semejante pócima, pisto ó paella de cuanto Dios crió, diese lugar—sobre si es alimento ó bebida simple—á la famosa polémica planteada en los mismos términos que reza el frontispicio del libro de Antonio LEÓN PINELO: «Cuestión moral: si el chocolate quebranta el ayuno eclesiástico».

Juan BARRIOS, y algún otro doctor en Medicina, habían ya declarado que el chocolate—el compuesto únicamente de cacao, azúcar y agua, con canela ó vainilla—, constituía *alimento completo*, enfrente de los que le consideraban pura y simplemente como remedio.

Médicos, teólogos, filósofos y damas empingorotadas, madama Maintenon y la Princesa de los Ursinos, tomaron parte principalísima en la chocolateril contienda. Se cuenta, y me parece una papa-

(1) El chocolate que hechizó á Carlos II se confeccionó «con los miembros de un ajusticiado en la Misericordia; de los sesos de la cabeza para quitalle el Gouierno; de las entrañas para quitalle la salud, y de los riñones para corromperle el semen é ympedirle la generacion.»—*Relación de todo el hecho en lo sucedido tocante á los hechizos del Rey N. S. Don Carlos II.* Ms. Biblioteca Nacional.—1784.

(2) *CF. STOR.*

rrucha, que el cardenal Brancaccio debió el capelo á haber sostenido que el chocolate no quebrantaba el ayuno, y hay quien afirma que cuatro Papas hicieron idéntica declaración: Urbano VIII, Gregorio XIII, Pío V y Paulo V. (1)

Extendidó, por fin, como alimento en las cinco partes del mundo, el comercio entabló muy pronto la competencia contra las Órdenes religiosas, por lo que hace á la fabricación de chocolates. No hay para qué decir que antes de emplearse las máquinas modernas se elaboraba á brazo exclusivamente. Y como debajo del metate se coloca un brasero para calentar la pasta y darle trabazón, y el trabajo es duro y los fabricantes no huelgan en verano, el chocolate elaborado á brazo, sobre sus naturales é indispensables simples, suele llevar *sudor de frente de chocolatero*. Á los consumidores, pues, alcanza por partida doble la maldición paradisíaca. Adán fué condenado á comer el pan con el sudor de su frente, y ellos el pan y el chocolate, y éste con sudor ajeno.

El gran consumo impuso la elaboración mecánica: sólo en Madrid, en el reinado de Carlos III, se consumían al año *doce millones* de libras de chocolate. Un señor Pelletier estableció en París en 1819 la primera fábrica moderna importante de que tengo noticia.

No deja de ser curioso el estudio de las siete operaciones que, según los doctores, requiere la elaboración del chocolate en gran escala, y también la casera ó á brazo: expurgo del haba del cacao; tostado y limpieza para quebrantarlo y separar la cascarilla; molienda; mezcla de las primeras materias; refinamiento de la pasta, y moldeo y empaquetado. Teniendo en cuenta el coste de todas estas operaciones, y sumado al de los componentes de la pasta, calcula D. Matías LÓPEZ que la libra de chocolate, cuando menos, «ha de costar cinco reales si ha de estar ya dentro de las condiciones de buen consumo; quien pretenda demostrar otra cosa engañaría al público, faltando á la verdad. No es posible hacer chocolates á precios más bajos».

Los químicos modernos, al clasificar el cacao—especie de cho-

(1) BECERRO DE BENGUA (Ricardo): *Un ladrillazo*.—V. LA ESPAÑA MODERNA, Noviembre 1895, pág. 40.

colate en polvo más fino y más caro—y el chocolate común; cuando tratan de la «alimentación práctica» y de la «higiene de la mesa», los encasillan en una clase especial, á la vez alimentos nutritivos y estimulantes. (1)

Y por ello me parece, atendiendo al segundo calificativo, que no andaba descaminado D. Francisco de QUEVEDO llamando al chocolate, como ya dije, «enuagatorio de tripas y despertador del hambre», máxime cuando, en la época del Señor de la Torre de Juan Abad, se debía de hacer aún sólo con agua; la leche—ésta sí que es alimento completo—se introdujo, á lo que entiendo, muy recientemente en la composición del chocolate y del cacao.

No falta quien observa el distinto gusto de varios, entre los países europeos, por lo que hace al consumo de aquéllos. En España, dicen los BENEDICTINOS, se prefieren con poco azúcar y con canela. Los italianos los fabrican con cacao retostado, que les da un amargo particular. Ingleses y franceses gustan de ellos muy azucarados y con vainilla. Y los suizos y alemanes los preparan en polvo, moliendo el cacao sólo é incorporándole azúcar y canela en la taza donde los mezclan al agua ó la leche.

Muchas son las recetas culinarias para hacer el chocolate que corren impresas, principiando por la determinación de cantidades de pasta que deben entrar en cada jícara: los antiguos fijaban una onza de cacao y dos de azúcar por pocillo. MOULAU, en su *Higiene privada*, prescribe cómo debe hacerse el chocolate; y las instrucciones que ofrece D. Matías LÓPEZ, en las págs. 79 y 80 de su libro, ya varias veces citado, no pueden ser más claras, prácticas y precisas. Yo, sin embargo, sustituyendo en el original lo de *espeso* por *clarito*, opto, entre cuantas conozco, por esta receta:

El chocolate excelente,
Para que cause placer,
Cuatro cosas debe ser:
Espeso, dulce, caliente
Y de mano de mujer. (2)

(1) Así, ROCQUES (X), experto químico, principal que fué del Laboratorio Municipal de París.

(2) Cf. BECERRO DE BENGOA.

En el libro que yo proponía al principio de este artículo, propio como el que más de las lujosas publicaciones de Nochebuena y Año Nuevo, que suelen hacerse en el extranjero; vendría como la horma en el zapato un breve estudio sobre la chocolatera, la que, de cualquier materia que se construya, deberá ser precisamente, según el *Diccionario de Autoridades*, más ancha por el centro que por la boca y base.

Y si se ilustrase gráficamente tal capítulo con modelos de chocolateras notables, no podía olvidarse la que forma parte de la batería de cocina del Palacio Real de Madrid. Es de cobre, con el interior estañado, y pueden hacerse en ella, de una sola vez, *doscientas ochenta y ocho jicaras de chocolate*. Por asociación de ideas, recuerda tan extraordinaria cabida el estómago de aquel baturro á quien ofrecieron un *pocillo* y respondió: «¡*Pocillo!* ¿Pa qué tanto? Con un cubo tengo bastante».

Mucho más artístico sería el capítulo dedicado á las jicaras ó *pepas*, que también de este modo se llamaron, y á las mancerinas, plato, como es sabido, que ideó el Marqués de Mancera, Virrey del Perú desde 1639 á 1648. Una colección de aquéllos y de éstas proporcionaría materiales sobrados para el completo estudio de los productos más exquisitos de nuestras fábricas de cerámica y de la platería española del Renacimiento, ofreciendo el conjunto bastante más interés para la historia del Arte, por ejemplo, que la muy numerosa colección de bacías de barbero que tuvo la paciencia de reunir el Príncipe Gortschakoff, Ministro de Rusia en España, durante varios años de fines del siglo pasado.

Los indios de la época de la conquista, si hemos de creer á Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, se ahorraban todos estos chirimbolos, y no por ello eran menos sibaritas: en efecto, se embadurnaban la cara con chocolate, lo dejaban secar, y luego, de cuando en cuando, mojaban el dedo índice con saliva y lo refregaban en la careta para rechupeteárselo poquito á poco.

Las pragmáticas sobre tasas de 1680 tratan al pormenor de la chocolatera y de los chocolateros.

Advierte el P. Ricardo CAPPÁ, en sus *Estudios críticos acerca*

de la dominación española en América (1), que «el siglo XVIII y el primer cuarto del XIX fueron los tiempos del mayor apogeo del chocolate», y que «el té y el café le han quitado el cetro y tinte aristocrático que tuvo, dejándolo relegado hace ya años á la categoría de familiar ó de doméstico». Yo creo, por el contrario, que después de haberse democratizado mucho, al menos entre nosotros, acentuando cada vez más su carácter eclesiástico originario, vuelve á aristocratizarse, como en los tiempos de su invención, consumiéndose en forma de cacao en polvo por las clases más pudientes y aumentando cada día el variadísimo surtido de bombones y otras golosinas francesas, italianas y nacionales, entre las que merecen citarse los famosos *cerecetos*, así llamados del nombre del confitero sevillano que los fabrica. Como modelo en su género del progreso alcanzado por las artes que forman y embellecen el libro y toda otra suerte de publicaciones modernas, es digno de recomendarse el álbum-prospecto "*Chocolat de Royat. A. Rouzand, 1902*„, obra de la "*Chromotyp. Firmin-Didot & Cie. Mesnil*„. Constituye así como una enciclopedia gráfica de cuantos productos alimenticios se fabrican hoy con cacao.

El chocolate ha constituido un color especial, muy sufrido, que se aplica á muebles y ropas, y un convite con el que no suele ir aparejado el baile, como con el té. De igual suerte que el café y la horchata dió nombre también á establecimientos en los que se consume.

Con la pasta de chocolate, moldeada, es sabido que se fabrican infinitas chucherías y caprichos más ó menos extravagantes, así como estuches de carpintería, ratones y hasta cómodas casi de tamaño natural con cajonería practicable, como una regalada á D. Alfonso XIII.

Ofrece, sin duda alguna, sobrada materia para un interesante capítulo de costumbres populares. Va para muestra:

«En casa de la novia se desayunan con chocolate, siendo este el momento que aprovechan los mozos que están cortejando alguna moza para declararse á ella, para lo cual le ofrecen participación en

(1) Parte tercera. Madrid, 1890.

»su chocolate; si ella acepta, es que no le son desagradables las pre-
»tensiones del mozo; mientras que si lo rechaza, es que le adjudica
»unas solemnes calabazas.....» (1)

Y con esto, á lo que entiendo, me parece oportuno apartar ya la chocolatera del fuego, dando punto á este artículo, cuyo argumento fué, y sigue siendo, en una ó en otra forma, de primera necesidad, español por su invención y perfeccionamiento, y eclesiástico, antes, después y siempre, por serlo sus más genuinos consumidores. «Despachado el caraqueño, trasegado el último sorbo donde se disolvían caramelosos residuos del azucarillo, se encasquetó el sombrero de ala ancha...» (2)

¿Verdad que en estas cuatro pa'abras deja fotografiadas la incomparable pluma de la CONDESA DE PARDO BAZÁN la compenetración y armonía inseparables de la jícara y la teja en España?

Una lujosa publicación que lleva por título *Artes Hispaniæ*, dedicada al fomento de la producción española y dirigida en Madrid por D. Eduardo Greiner, dedicó dos de sus cuadernos á sendas y muy completas monografías á propósito de los establecimientos de chocolate de D. Matías López, en Madrid y en El Escorial, y los de la Compañía Colonial, fundada por D. Jaime Meric.

Al frente del primer cuaderno de *Artes*..... se publicó una carta firmada por D. Práxedes MATEO SAGASTA, en 15 de Octubre de 1894, y dirigida al Sr. Grenier; en ella se decía: «Felicito á usted por »la publicación. Generalizar el conocimiento del estado actual de la »industria; señalar los indiscutibles progresos que ha realizado en »este último período..., son propósitos á los que forzosamente ha »de tributarse sincero aplauso, de no olvidar que ya sólo por el tra- »bajo se engrandecen los pueblos.»

A más de esto, y como complemento de lo mismo, también parece práctico señalar nuevos horizontes á la Agricultura, Industria y Comercio, bases de la perseguida restauración de nuestro poderío. Pues bien: ya en 1901, según informe emitido en Octubre por el ins-

(1) MENDIZÁBAL (Domingo): *Una boda en Oropesa*.—BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES. Enero, 1905.

(2) *La Quimera*, novela; *La Lectura*, revista. Septiembre 1933.

pector de la Colonización en Fernando Póo, en el año anterior habían sido exportados para la Península 16.715 sacos de cacao, que representaban 1.151.498 kilogramos. (1)

¡Apenas sí podrían mojarse bizcochos en el estanque de chocolate formado con ellos!

Quiera Dios que el lector, al llegar aquí, no exclame:

—¡Valiente jicarazo nos diste con el articulito!

Vale.

El Conde de las Navas.

(1) Al dar á la imprenta este párrafo, leemos (*La Epoca* 16, IX-1912) que: «La Cámara Oficial de Industria de Madrid ha dirigido al ministro de Hacienda una razonada instancia pidiendo la derogación del artículo 5.º de la ley de 31 de Diciembre de 1910. Este artículo establece un régimen diferencial y absurdo en el arancel de los cacaos de Fernando Póo, porque hasta una importación de 2.000 toneladas al año sólo se pagan 50 pesetas por cien kilos, y si excede de 2.000 toneladas, el derecho arancelario es de 120 pesetas igual unidad.

«Contra esta absurda diferencia protesta la Cámara de Industria de Madrid, porque, como en la instancia se demuestra, España importa de Fernando Póo más de 2.000 toneladas de cacao, habiéndose promediado la importación desde 1907 á 1910 en 2.580.000 kilos, y siendo así, no se comprendé que la ley limite á dos millones de kilos la importación anual que puede gozar de la rebaja arancelaria.

«Este régimen perjudica los intereses de las industrias españolas que utilizan el cacao, y tampoco beneficia á la colonia de Fernando Póo....»

M O R E T

El 28 de Enero del corriente año se contará como una de las fechas más luctuosas que registrar puedan los anales de la representación política española, dado que en dicho día ha fallecido uno de los hombres más eminentes de la vida pública nacional, D. Segismundo Moret y Prendergast.

En las cimas de la más alta elocuencia, honrando el Parlamento español, ese Parlamento que no admite rivalidad con ninguno en el mágico esplendor de la más admirable oratoria y—el recuerdo de los Argüelles, los Alcalá Galiano, los Ríos Rosas, Olózaga, Rivero, Castelar, Martos, Salmerón, Carvajal, Sagasta, Labra, Canalejas, Azcárate y el mismo Moret lo atestiguan, citando muertos y vivos—abrillantando la cátedra del Ateneo, la de la Universidad, la de la Institución Libre de Enseñanza, todos los sitios en que su talento prodigioso y su inmensa cultura hicieron gala de su valer, pasó más de medio siglo el hombre insigne que acaba de morir, y cuya gran personalidad está sintetizada con estas palabras que su fallecimiento ha sugerido á un notable escritor como título de su artículo necrológico: «Toda una época que desaparece!»

¿Cabe para un hombre público mayor enaltecimiento que atribuirle la personificación de una época?

Toda una época, sí, quizá demasiado retórica y verbalista, más pagada de la forma que de la substancia, pero romántica y generosa, representaba el muerto insigne, época que se inicia con los laureles, más relumbrantes que positivos, de la guerra de Africa del 1860, y termina con las

amarguras que tuvieron por epílogo el Tratado de París en 1908. Porque, á partir del comienzo de este siglo, un espíritu de crítica, positivo y hondo, generador, como es natural, de un escepticismo cauto y previsor, aunque más ostentado que sentido, empieza á desenvolverse en nuestra patria, y el verbo de los grandes oradores y sobre todo el maravilloso y grandilocuente de Moret, admirable por la cultura que sustentaba y la belleza literaria que lo hermoseaba, un tanto recargado de retórica quizá, deleitaba siempre al público culto, admirador del gran artista de la palabra, pero no arrebatava ya al auditorio.

Moret nació en Cádiz el año 1838, en el seno de una familia distinguida y por entonces rica. Cursó la carrera de Derecho y se dedicó después, hacia el 1860, con gran entusiasmo á los estudios económicos, formando parte, con D. Laureano Figuerola, Echegaray, Pedregal, D. Gabriel Rodríguez y algún otro de aquella pléyade ilustre de economistas defensores del libre cambio, que á la sazón estaba en gran apogeo por Inglaterra, la nación que mayor partido ha sacado en provecho suyo de la difusión práctica de esa doctrina económica en otros países.

A los veinticinco años Moret fué diputado á Cortes, y contaba él mismo que un discurso suyo de tonos muy radicales extrañó de tal manera al entonces ministro de la Gobernación, señor Rodríguez Vahamonde, que hubo de abandonar su investidura parlamentaria cohibido por el ambiente en exceso moderado que predominaba en aquellas Cortes.

Siete años después, ó sea el de 1870, formaba parte como ministro de Hacienda del Gabinete presidido por el preclaro general Prim, y á partir de entonces su figura política adquiere cada día mayor realce: la que le prestaba su maravillosa oratoria, su enorme cultura y su actividad insuperable. Puede decirse que Moret fué uno de los hombres que más intensamente han sentido la vida política, que mayor atracción experimentaba por ese glorioso pa-

lenque, desde el cual tanto bien cabe hacer á un país cuando las más altas y nobles ambiciones y las más poderosas facultades intelectuales adornan á un ciudadano, que en tal caso bien puede considerarse como un elegido de Dios.

Al ilustre estadista recientemente fallecido se le ha tachado como de carácter débil. Pero los que tal defecto le han atribuído, ¿se han tomado la molestia de recapacitar acerca de la consistencia que en ideas, ética y conducta pudieran oponerle sus partidarios? ¿Han tenido en cuenta siquiera lo que en nuestro ambiente social da de sí eso que se llama la realidad política? Porque sobre esto tal vez hubiera mucho que hablar.

De todas maneras, es fuerza reconocer que el ilustre hombre público cuya pérdida llora hoy España fué un trabajador infatigable, cuya potencia mental y capacidad de trabajo eran verdaderamente admirables.

Por cierto que, reflexionando sobre esas excepcionales aptitudes de Moret, nos viene inmediatamente el recuerdo de Canalejas, del otro insigne patricio que dos meses y medio antes rendía su vida, víctima del odioso crimen por todo el mundo execrado. En menos de tres meses, ¡qué dos figuras tan eminentes, tan admirables ha perdido la patria nuestra! ¿Qué nación cuenta actualmente, ni ha poseído nunca quizá, en un mismo período de tiempo dos mentalidades tan prodigiosas, por su capacidad intelectual y su vastísima y honda cultura, cual las de esos dos estadistas insignes que acabamos de citar?

Llegados los dos á la cumbre del Poder, circunstancias políticas del momento, que actualmente sería difícil juzgar, impidiéronle al uno desarrollar planes, doctrinas y propósitos que es forzoso creer alentaban inquebrantablemente en su espíritu liberal, como al otro impidióle también llevar á cabo la gran obra política que iniciara en dos años de Gobierno el plomo de un vil asesino.

.....

Rodeado de sus hijos y de cariñosos amigos ha fallecido el preclaro hombre público que constituía, muerto Canalejas, el verbo y el mayor prestigio del liberalismo español. Y ha fallecido desempeñando la presidencia del Congreso de los Diputados, de esa Cámara que durante cerca de medio siglo fué su escenario glorioso y predilecto, el recinto augusto que con su maravillosa elocuencia y su inmenso saber enalteciera tan brillantemente.

Enumerar las veces que Moret fué ministro, jefe del Gobierno, las leyes que iniciara ó defendiera durante el transcurso de su larga é intensa vida pública, la influencia que en la política interior é internacional de España desarrollara, sería un trabajo largo que quizá cansara á nuestros lectores, y para el cual no estamos debidamente capacitados, trabajo cuyo más apropiado marco sería una obra de verdadero carácter histórico que constituyera de paso una biografía completa del ilustre patricio. Patricio insigne que, al penetrar en las cavidades del sepulcro envuelto en la bandera española, conforme él mismo dispuso en sentimental y patriótica disposición testamentaria, ha dejado uno de los vacíos más grandes que cabe dejar en esta tierra gloriosa, tan fecunda en hombres-cumbres, dignos de inmarcesible recuerdo.

Limitémonos, pues, á rendirle desde estas páginas el más sincero homenaje de admiración y respecto,

F. VIERA.

INFORMACION

Nuestro número extraordinario

Cierto retraso en la remisión de trabajos por parte de sus autores y dificultades en la adquisición del papel «couché», motivadas por la gran cantidad de éste que se hace precisa para una tan considerable tirada, han hecho que demoremos un poco la publicación del número extraordinario de CULTURA HISPANO-AMERICANA, de que nuestros lectores tienen conocimiento, especialmente por el sumario que del mismo insertamos en nuestro número anterior.

Así que hayamos resuelto esos contratiempos, inevitables en empresa editorial de la importancia y multiplicidad de detalles que supone la del número referido, lo daremos al público, sin que substituya á los ordinarios de esta publicación, que seguirá editando un número mensual, conforme lo ha hecho desde sus comienzos, exceptuando los meses comprendidos desde Noviembre último á Febrero actual, en que por circunstancias especiales ha agrupado en números dobles los trabajos correspondientes á dichos meses.

Juan Ramón Molina

Este notable literato y genial poeta hondureño ha fallecido en la República de San Salvador recientemente.

Juan Ramón Molina fué una de las figuras más salientes de la literatura de Centro-América. Hombre de vida agitada y tormentosa, víctima de sensibles contrariedades que la prosa del vivir complacióse en acumular alrededor

de su existencia, no pudo dar de sí el fruto que su brillante inteligencia hubiera rendido en el caso de disponer de la tranquilidad que requiere la labor intelectual. A pesar de todo, logró dejar lucidas muestras de su numen poético, especialmente en su libro «Autobiografía», y no pocos trabajos de vibrante prosa que avaloraron varias importantes revistas hispano-americanas.

El Ateneo de El Salvador

En la capital de la República de San Salvador se ha fundado una sociedad literaria que lleva por título el que encabeza este suelto, y á la cual pertenecen las personalidades de más relieve de la intelectualidad salvadoreña, entre ellos los señores J. Dolores Corpeño, M. Alvarez Magaña, Jorge F. Zepeda, Salvador Turcios R., Erazo, Manuel Andino, Joaquín Serra y otros.

Según vemos en la circular dirigida por el Ateneo de El Salvador á las personas afines á sus propósitos, éstos son, entre otros, los que siguen:

Unir en un centro eminentemente científico, literario y artístico á los miembros de la juventud intelectual, no sólo de la República de El Salvador, sino de las otras de Centro-América que residan en aquélla.

Contribuir al acrecentamiento de toda la juventud pensante de la raza latina del Viejo y del Nuevo Mundo.

El Ateneo de El Salvador publica una muy interesante revista ilustrada que lleva por título el suyo mismo, y cuyos primeros números hemos tenido el gusto de recibir y de leer con detenimiento. En ella hemos visto trabajos de positivo valor literario y de innegable amenidad.

Correspondemos cariñosamente al saludo que el Ateneo de El Salvador dirige á las publicaciones y entidades análogas, y hacemos fervientes votos por que adquiera el más halagüeño éxito la culta y elevadísima empresa iniciada por sus fundadores.

A Buenos Aires

Escritas las páginas que van al comienzo de este número, llega á nosotros la noticia de que D. Emiliano Figueroa Larrain ha sido nombrado por el Gobierno chileno para desempeñar en Buenos Aires el mismo cargo que actualmente ostenta en Madrid.

Como amigos queridísimos del ministro plenipotenciario de Chile, lamentamos mucho el vernos privados de disfrutar de cerca la simpática atracción de su afabilísimo trato y su sincera amistad.

Ahora bien: dondequiera que Figueroa Larrain vaya irá acompañado de nuestro cariñoso afecto y de nuestra inquebrantable adhesión, pues el recuerdo de sus excelentes prendas personales vivirá con nosotros constantemente.

El nuevo presidente de los Estados Unidos

Por gran mayoría de votos ha sido elegido presidente de la República de los Estados Unidos de Norte-América el doctor Woodrow Wilson, candidato del partido demócrata.

Un estimado colega dice que la reciente lucha electoral norteamericana ha sido una lección más honda, algo más trascendental que un choque de ambiciones personales entre dos hombres ávidos, el uno, de retener el mando; el otro, de volverlo á alcanzar: Taft y Roosevelt. La elección—dice el colega de referencia—es, ante todo, una protesta contra la política plutocrática, que ha venido acentuándose más despiadadamente cada día después de la guerra de Secesión, de la cual son responsables entrambos partidos, y que ha reducido á la gran masa de población á un estado de servidumbre industrial y económica.

Muy acertados nos parecen esos juicios, y encontramos también muy laudables los elogios que se dirigen á

Mr. Wilson, cuyo discurso á raíz de su elección presidencial revelaba un hombre penetrado del gran espíritu altruista que animó á los preclaros ciudadanos que echaron los cimientos de la vida político-social norteamericana, á los Washington, los Lincoln, los Franklin, etc., etc.

Los antecedentes del doctor Wilson son de feliz augurio, —añade *Hispania*, de Londres, de quien reflejamos estas apreciaciones. Tiene experiencia de los hombres y de la vida; ha enseñado, ha gobernado con éxito completo; es un eximio historiador, un sabio jurista, y se ha mostrado sagaz y tolerante; los dioses inmortales lo han mirado con favor, y diríase que está destinado á dejar huellas de luz y de justicia en la historia de su país.

A nosotros nos inspira gran interés la personalidad de Wilson, y estamos peseídos de gran expectación respecto á la influencia que pueda ejercer en los rumbos de su país, rumbos que tanto han de repercutir en la vida de las Repúblicas latino-americanas y aun en todo el resto del mundo civilizado.

Sin embargo, hemos de confesar que desconfiamos mucho del humanitarismo yanquí, de ese humanitarismo muy boyante en discursos y páginas escritas, pero que luego se traduce en los horrores que los norteamericanos realizan con las razas negras, que estiman inferiores, pese á la Biblia, y en los atropellos cometidos con pueblos de razas blancas, tan respetables como la suya.

En fin, procuraremos hablar del doctor Wilson con el detenimiento que merece, y entretanto hacemos votos por que sus nobles palabras encarnen en la realidad.